



peligroso asomarse

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

PELIGROSO ASOMARSE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 429
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B. 21.120 – 1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1970

© PETER DEBRY – 1970
texto

© DESILO – 1970
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1970

CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco de la madrugada, la única cafetería abierta en la avenida Bolton era la cantina de los taxistas.

Kit Doyle no recordaba exactamente dónde había dejado su «Lincoln». Posiblemente, delante de alguno de los clubs nocturnos que había visitado.

Y luego, al salir, se había olvidado del coche.

Enlazado a una farola, rió. Estaba pensando en la cara que pondría al día siguiente el empleado del garaje cuando le dijese que no sólo no podía pagarle el alquiler, sino que además le había perdido la pista al «Lincoln».

Solemnemente afirmó, hablándose a sí mismo:

—Un café doble, sin azúcar, eso es lo que nos conviene. Despejar la niebla, Kit. Tienes niebla hasta en la coronilla.

Se palpó el sombrero impermeable, y soltando la farola avanzó entre la bruma que olía a carbón, hollín y grasas.

Había decidido que, tan pronto tuviese un par de miles, abandonaría Cleveland.

—La sexta ciudad de los Estados Unidos —refunfuño disgustado—. La sombría dominación del maquinismo. Panoramas de chatarra, elevadores, grúas... Un asco, Kit. Iremos hacia el sol y la naturaleza tan pronto tengamos un par de miles.

Empujó el espacio luminoso de unos cristales y sonrió, satisfecho. Había acertado con la puerta giratoria de la única cafetería abierta a aquellas horas.

Miró, interrogante, al camarero, quien a su vez le contemplaba del mismo modo.

Y Kit Doyle pidió con decisión:

—Un doble de *bourbon*.

Mientras lo apuraba, se juró que aquella iba a ser su última noche sin brújula.

Necesitaba luchar contra sí mismo, imponerse una disciplina, buscar algo en qué entusiasmarse.

Que no fuera el licor, las mujeres y pelear. Porque estas aficiones hasta entonces solamente le habían producido quebraderos de cabeza, vaciedad en el alma y en los bolsillos.

Le quedaba lo suficiente para pagar el doble de *whisky*, cuyo resto miró al trasluz. El color ambarino le recordó algo reciente.

Una espléndida cabellera de ámbar. ¿Ámbar? Sí. Aquella espléndida criatura que no recordaba cómo se llamaba, y que había encontrado no sabía dónde, le habló mucho de un objeto de ámbar.

Se pasó la mano por la frente, las cejas, la nariz, la boca, con gran lentitud.

—¿Un buen café, señor Doyle? —insinuó el camarero.

A la vez empujaba hacia él la taza, que despedía su grato olor.

Kit dejó de darse masaje y comentó:

—Te lo pedí sin azúcar, ¿no, Jim?

—Sin azúcar, señor Doyle.

—Eso es, Jim. Y doble te dije, ¿verdad?

—Sí, señor. Eso me dijo.

Fue bebiendo a sorbos golosos y mirando en rededor. Cuando hubo terminado, dijo confidencialmente:

—Estamos solos, Jim. En la sexta ciudad de los Estados Unidos, tú y yo solos. Somos americanos tú y yo. Pero ¿y el resto qué? Esta noche fui al Teatro de las Naciones. Les tocaba a los húngaros[1]. Éstos se pusieron a tocar eso que llaman *czardas*. Venga a rascar violines, pegar chillidos y brincos... Salí mareado, Jim.

Asintió gravemente el camarero.

—Bueno, Jim, anótame el gasto. Y si por casualidad te encuentras con mi coche, dile que venga a casita. Allá me voy. La ciudad duerme.

Kit Doyle salió a la acera, y levantando las solapas de su canadiense dijo, convencido:

—Has de emigrar, Cristopher. Irte a una comarca con mucho sol. Por ejemplo, Italia, donde la gente canta, come pastas y no da golpe. Allí, un tipo como tú, que... Bueno, ¿y tú, en definitiva, qué quieres? ¿Qué le pides a la vida? Eso es lo malo. Si al menos supieras lo que quieres... Mañana pensaremos en este grave problema que es el quid de la raza humana. Ahora la ciudad

duerme.

Miró con fijeza la farola a la que estaba abrazado. Una farola que le decía paternalmente:

—La ciudad duerme, y a usted le sentaría bien hacer lo mismo, Kit.

Reconoció al guardia Ferenz, un patrullero nocturno, poseedor de una enorme nariz y de un apellido complicadísimo.

Doyle admitió gravemente:

—Creo que estoy algo bebido. La culpa la tiene esta maldita niebla, Ferenz. Y por lo tanto, me sentará bien irme a dormir. Mañana será otro día. Buenas noches.

Y abandonando el halo de luz de la farola, procuró caminar lo más rectamente posible. No tenía pérdida, meditó.

Siguiendo recto hasta la esquina, que tanteó para asegurarse mejor, penetraba en la plaza Bolton Norte, y en la tercera puerta estaba su domicilio.

Una planta baja, cuyo alquiler vencía a fin de semana. La vida era un fastidio, siguió meditando. Pagar alquileres, facturas, coche... y, sobre todo, el fastidio era no tener una meta.

Al menos, los conformistas como Jim el camarero, Ferenz el patrullero, luchaban a diario con una finalidad: mantener un hogar, compañera y críos.

Tendría que probar algún día esto de ver crecer un crío, que según Ferenz y Jim era un espectáculo glorioso. El único inconveniente estribaba en que era precisa la colaboración de una esposa.

Y por suerte o desgracia, según se mirase, las mujeres que le gustaban eran aquellas que no inspiraban deseos de casarse. Como por ejemplo aquella espléndida criatura que le empezó a hablar de un fetiche de ámbar.

Tardó cerca de un minuto en localizar la diminuta rendija que se empeñaba en no coincidir con la llavecita plana.

Por fin consiguió abrir, y al atravesar el recibidor, tuvo la repentina certeza de que las goteras eran las responsables de que un trozo del techo le cayese sobre el cráneo, aplastándole el sombrero impermeable.

Se encontró de rodillas, manos en el suelo, como un boxeador *groggy*.

Y una voz, que no tenía nada de paternal, conminaba:

—En pie. Nada de falsas maniobras o será tu última jugarreta.

Kit Doyle sacudió la cabeza en dócil afirmativa y después negando, para así acabar de disipar las telas de araña que tenía ante las pupilas.

Vio dos piernas al alcance de sus manos.

Las agarró por los tobillos, estirando con fuerza.

El desconocido agresor osciló hacia atrás, y su revólver chocó contra el suelo antes que sus propias espaldas.

Cuando Doyle estaba en pie, el otro también.

Vio llegar el puño derecho, que bloqueó con las dos manos abiertas, para, en el mismo gesto, coger el antebrazo adversario, girar sobre sí mismo y, doblando la cintura, inclinarse.

El otro aterrizó sobre el pecho, en grotesca postura.

Recordando sus tiempos de medio centro de *rugby*, Doyle asestó el puntapié entre nuca y oreja.

El desconocido dejó de removerse, permaneciendo completamente quieto.

Kit masculló, indignado:

—Ni en su casa le dejan a uno tranquilo, hombre.

Se inclinó y, comprobando que no conocía de nada al que yacía sin sentido, pensó que aquella diversión, como epílogo de un exceso de alcohol, le había dejado muy fatigado.

No era el momento adecuado de pasar a interrogar al desconocido, sino que convenía dedicarse a dormir y despejarse del todo.

De un armario extrajo un par de cercos de acero con distensor y cerrojo. Arrastrando por un tobillo al intruso, pasó al cuarto de baño, soltando el tobillo junto a la bañera.

Ajustó los dos aros en torno a las muñecas y al doble tubo de desagüe y, cerrando la puerta del cuarto de baño, se dirigió en línea recta hacia la cama.

Le dolía horrores la cabeza, pensó mientras, entornados los párpados, trataba de luchar contra el sueño.

Necesitaba desvestirse un poco, y colocar el despertador de manera que a las once en punto pegase su timbrado de aviso prolongado.

Fue su último esfuerzo y cuando dejó el despertador sobre la

alfombra, cubierto con su aplastado sombrero, para no oír el tictac, cayó dormido como un fardo.

CAPÍTULO II

A las once, el despertador vibró hasta quedar exhausto.

Momento que coincidió con la diestra de Doyle aplastando más el sombrero sobre la seta campanillera.

Sentado al borde de la cama, manipuló con el jarro de agua, la sal de frutas y un vaso. Bebió el tónica efervescente y depurador, mirándose al espejo del armario.

El sombrero y su espeso cabello negro habían conseguido reducir a una leve hinchazón cercana a la coronilla, el culatazo.

No había más huellas, salvo unas estrías rojizas en los ojos grises. Intacto el rostro, de cuadradas mandíbulas que, según decían sus exnovias, tenía propensión a ser mefistofélico.

Maquiavélico, decía su amigo el teniente Barry Wilcox.

Se dirigió al recibidor, encontrando en un rincón, cerca de la puerta cerrada, el revólver con el que había intentado quitarle el sentido su agresor.

Que debía ignorar que los Doyle, desde la cuna, poseían un cráneo a prueba de todo impacto.

Cogió el revólver por el cañón envuelto en un pañuelo, sin tocar la culata. Un «Colt» 38 cuya matrícula estaba raspada a golpes de lima.

Guardó el «Colt» en el bolsillo de su canadiense, colgada de una silla. Y en la cocina, dio vuelta al conmutador, saboreando poco después la doble dosis de café negrísimo.

Paladeándolo, intentaba aclarar dos puntos: ¿por qué el desconocido le había agredido y cómo había entrado?

Lo mejor era ir a preguntárselo.

Abrió la puerta del cuarto de baño.

El desconocido, sentado en el suelo, parecía rezar, sumido en honda meditación, con la frente reclinada sobre sus dos manos juntas, rozando los negros cabellos el blanco esmalte de la bañera.

—Tubería de primera clase, Pulaski —sonrió Doyle.

El interpelado levantó la cabeza. Tenía los ojos amoratados por la repercusión del puntapié.

Apretó más los labios.

Dijo Doyle:

—Es curioso, pero la mayor parte de pistoleros a sueldo no tenéis cara de bandidos. Os parecéis al tendero de la esquina. Pero tú tienes cara de estar enfadado conmigo, Paolo.

Pulaski-Paolo siguió silencioso, consciente de su poca airosa situación. Vestía bastante bien. Un traje color habano y, salvo su chillona corbata, el resto era de calidad.

—¿Cómo entraste y por qué quisiste hacerme pupa, Paolo?

Siguió el otro examinando el blanco material contra el que de vez en cuando apoyaba su ardorosa frente.

—¿Repito la pregunta, Lajos?

Tanto podía ser polaco, como italiano o húngaro. Lo cierto era que no quería hablar.

—¿Mudo de veras o es sólo por llevarme la contraria?

El extranjero se limitó a alzar los hombros. Bastante anchos, pero menos que los de Kit Doyle.

Y éste aplicó la abierta palma bajo la nariz del terco silencioso. Empujó hacia arriba, advirtiéndolo:

—Las fosas nasales son dilatables y, a veces, abandonando su sitio de arranque, llegan hasta la raíz de los rizos.

Apartó Doyle la mano.

El otro gruñó entre dientes:

—No me harías esto si tuviera yo las manos libres, matón.

—¿A que sí?

Del todo despejado, Doyle acertó a la primera en introducir la llavecita en el cerrojo distensor del doble cerco de acero, que retiró.

Se apartó y el otro, levantándose con lentitud, procedió primero a darse masaje en las muñecas, y después, en revés, se palpó las narices.

Dijo, ceñudo:

—No te conviene armar escándalo, o la policía te echará de la ciudad.

—Tienes razón, Paolo. Ya sabes que me llamo Kit Doyle, ¿no?

—Lo sabemos muchos.

—Tú y yo, seguro. ¿Qué tal un poco de café?

El italiano avanzó con alevosidad una rodilla, alzándola rápidamente con destino al vientre ajeno.

Un truco antiquísimo, meditó Doyle, cuyas dos manos levantaron por debajo del muslo la pierna doblada. El italiano chocó de cabeza contra el reborde de la bañera.

Su cráneo despidió un eco sonoro y perdió el sentido.

Porque antes de recobrar el equilibrio, su puntapié había sido esquivado y a cambio había recibido un manotazo de canto en la sien.

Le registró Doyle. Un billetero que sólo contenía treinta y dos dólares. Los guardó.

Ninguna tarjeta, carnet, ni documento alguno de identidad. Se trataba de un profesional, práctico en no dejarse identificar.

Ocho balas calibre 38 en su hermoso estuche de plástico y una llavecita. Exactamente igual a la legítima que abría la puerta.

Kit Doyle buscó en su llavero. Le faltaba aquella misma. El duplicado.

Cuando el italiano recuperó la noción de las cosas, olió y vio el jarrillo de café al alcance de su mano, encima de un taburete esmaltado.

Pero también encima del taburete estaba un zapato de *boxcalf* y, acabando de anudarse la corbata, dijo Doyle:

—El señor tomará un frugal desayuno, si me declara cómo se llama. Ya nos hemos dado cuenta de que necesito por lo menos tres como tú para inquietarme.

Apartó Doyle el pie del taburete y el italiano, cogiendo el jarrillo, declaró:

—A nuestra salud. Me llamo Bruno Corvini.

Rió Doyle, tendiendo la mano en negativa. La apoyó sobre el codo levantado del que se disponía a beber, y que rectificó:

—Bruno Garvin.

—Bebe, Bruno. A nuestra salud. Buen café, ¿eh? Te va a costar treinta y dos dólares. Recoge tus cosas menos tres. El «Colt», mi llave y el importe de tu noche y desayuno. ¿Cuándo y dónde me birlaste la llave?

—En el Mónaco. Hiciste un juego de manos con el llavero. Me quedé con una, sin que pudieras darte cuenta. Estabas embobado

admirando a Stela.

—¿Stela?

—Stela Todd.

—Cuéntamelo todo, Bruno. Te lo ruego. No pareces demasiado tonto, y has asimilado que, si te suelto un tiro, será de acuerdo con el artículo de la Constitución que se opone al allanamiento del domicilio ajeno.

Bruno Garvin debía tener gran aceptación entre las damas poco escrupulosas. Su guapo semblante rebosaba calmoso cinismo.

Cogió un vaporizador de un estante, comentando:

—Por treinta y dos dólares, después de los masajes, me toca la loción facial, Doyle.

—Y si lo deseas, champú incluido —sonrió Doyle.

Pero el italo-yanqui no empleó el chorro de colonia más que por sus cabellos, sienes y nuca.

Al dejar el atomizador, expuso:

—Por lo que sea, me encomendaron vigilar a Stela Todd, que últimamente anda diciendo muchas tonterías. Entró ella en el Mónaco, y alguien debió decirle que tú eras el famoso privado carota y listo.

—Mi fama es grande y casi universal. ¿Qué más, Bruno?

—Tú estabas de copas. Te habló ella, dándote cita, y entonces yo cogí la llave, puesto que me diste la ocasión tú mismo. Y vine aquí para advertirte en tu beneficio.

—¿Cuál era la advertencia beneficiosa, Bruno?

—Hay determinados secretillos sobre los cuales es peligroso asomarse. Recuérdalo. Peligroso asomarse.

Kit Doyle rió, divertido.

No lo podía remediar, pero casi encontraba simpáticos a los profesionales de la bribonada, como aquel Bruno Garvin.

Posiblemente, en la próxima entrevista no lo encontraría nada simpático, pero en aquel momento lo resultaba.

—Tienes un modo de hacer las advertencias algo duro, hombre.

—Te golpeé sin intención de dañarte.

—Gracias por la atención. ¿Y dónde resulta peligroso asomarme?

—Es preferible que no le hagas el menor caso a Stela. Es de las que ven visiones.

—Conformes. Advertido. Me toca el turno. Ahueca, Bruno. Pitando.

Bruno Garvin dio unas palmadas en su vestido, sacudiéndose un polvo imaginario. Pensaba Doyle que la propia Stela, cuando la localizase, ya le diría en qué consistían sus visiones, relacionadas con la vigilancia a que la sometía Garvin.

El italo-yanqui, al atravesar el recibidor, dijo sin volverse:

—Mi revólver, tú.

Kit Doyle no pudo evitar la tentación.

Apoyó con fuerza y de plano su pie en la parte inferior de la chaqueta color habano.

Bruno Garvin salió proyectado, pero quedó en pie en la acera. Cerrando la puerta, Kit Doyle sumó mentalmente un nuevo enemigo a su lista.

CAPÍTULO III

Devolviendo al sombrero su forma normal, Doyle oyó un crujido entre la badana y la tela.

Su escondite secreto para guardar papeles importantes, cuando estaba algo mareado.

Extrajo un librito de cerillas.

Precioso, con su cubierta plateada, en la que destacaban, formando una «H» mayúscula, doce letras en azul pálido.

Los dos barrotes laterales decían en vertical:

«BAR»

El horizontal del centro partiendo de cada «A» decía:

«AMASSERA»

En negro, el plano de su situación para los provincianos: número 99 de la avenida Bolton. La avenida paralela a los siete kilómetros que en anfiteatro describía la ciudad de Cleveland a las márgenes del Erie.

Recordaba bien el bar Amassera, especializado en folklore italiano, con cantantes y bailarinas, que en vestuario querían justificar que allá por Italia hacía mucho calor.

Alzó la cubierta del cerillero obsequio de la casa, y leyó escrito con bolígrafo sobre el blanco reverso:

«Stela Todd. 36. Lakewood. 32».

Lo había escrito él mismo. Iba recordando. De la aproximada docena de mujeres con las que conversó y bailó, una tenía la cabellera color ámbar y hablaba de un fetiche de ámbar.

El número 36 de Lakewood estaba en la misma manzana en que

se hallaba el bar Amassera. Un edificio de doce pisos. En el zaguán de entrada estaban los casilleros para la correspondencia.

El perteneciente a la tercera puerta, segundo, llevaba el nombre de Stela Todd.

Cuatro jaulas distribuían verticalmente los ascensores, sin empleados ni portero visibles. Una conserjería a la izquierda para quien deseara consultar algo.

Había dos manzanas de pisos como aquéllos, sumamente íntimos, para la población flotante, artística y viajera. Una fianza en depósito, y por un alquiler quincenal, un apartamento bien amueblado.

En el tablero de teléfonos interiores, presionó Doyle el timbre correspondiente a la tercera puerta del segundo piso.

Sopló en la boquilla y dijo:

—¿Stela?

—Sí. Dígame.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. Acudo a la cita de anoche. Subo.

Al penetrar en el ascensor, calculó Doyle que Stela Todd, necesitando un privado para algo relacionado con un fetiche de ámbar, podía estar vigilada, en ausencia de Bruno Garvin, por algún elemento similar.

O por el propio Garvin, anticipándose y deseoso de desquitarse.

Dejó que el ascensor llegase al tercero, para asomarse cuidadosamente. Bajó las escaleras y contempló el desierto pasillo de los números impares.

La puerta numerada 3, llevaba la tarjeta de Stela Todd. Estaba abierta.

Realizó una entrada poco ceremoniosa, empujando con el pie a la vez que cerraba con las espaldas.

Dejó de atirantar la tela del bolsillo de su canadiense.

Veía el diván del amplio salón. Y la hermosa melena color ámbar destacando desparramada sobre un almohadón de suave matiz azul.

Del mismo matiz que el salto de cama y el calipso. Las chinelas eran rojas.

Avanzó hacia el salón, pensando que Stela Todd, perdiz nocturna, debía retocarse a tenor de los reflejos de las luces

eléctricas.

Stela Todd, a la que reconoció inmediatamente, había sido infinitamente seductora. Grandes ojos aceitunados, de corza cariñosa.

Ahora de mirada fija, demasiado vidriosa.

Estaba recostada de lado, cruzados los brazos sobre el busto. Era muy visible la mancha coagulada en el salto de cama.

Kit Doyle volvió a tensar el bolsillo de su canadiense. No les temía a los muertos, sino a los vivos.

Stela Todd, cuyas manos rozó al pasar tras el diván, llevaba muerta el tiempo suficiente para no poseer la menor tibieza corporal.

Y, sin embargo, una voz femenina había contestado a su llamada.

Acercándose a la única puerta abierta, insinuó:

—Es una irreverencia jugar al escondite en un panteón perfumado.

Olía a diversos extractos de esencias femeninas, predominando el jazmín.

Y hacia el umbral se aproximaba otro extracto netamente masculino.

Tabaco de pipa.

Un apestoso tabaco que, según su consumidor, era de una hoja especial, regada con benjuí y mentol.

Doyle, sacando las manos de los bolsillos de su canadiense, dedicó un amistoso saludo, juntándoselas, al hombrecillo que acababa de detenerse en el umbral, comunicando salón y alcoba.

Por su apariencia, Barry Wilcox podía parecer un oficinista de mal genio.

Su pantalón tenía siempre bien marcadas las rodilleras, y cuando le cogía afecto a una prenda, era terco en abandonarla.

Su sombrero había sido azul, pero fue adquiriendo verdoso lustre. La gabardina era nueva.

Bajo las espesas cejas revueltas, los ojillos de un cándido azul, podían ser, a veces, extraordinariamente astutos, duros e implacables.

El teniente del Cuerpo de Detectives del distrito de Bolton, apuntó hacia el diván con su pipa.

Dijo en tono trivial:

—Explícame todo eso, Kit.

Doyle se cruzó de brazos, sinceramente indignado.

—¿Que yo le explique todo eso? Lo que hay que oír, hombre... Yo telefoneé desde abajo, y me contestó una mujer.

El teniente Wilcox apuntó con la pipa hacia el diván, después por encima de su hombro y, aproximándose, se sentó en la abrazadera del diván.

Una chinela roja rozaba su gabardina.

Joan Farnum, la inseparable taquígrafa, ayudante del teniente Wilcox en sus primeras indagaciones, abandonó la alcoba, entrando en el salón. Impasible, saludó:

—Hola, Kit.

—Ya estamos todos —dijo Wilcox ásperamente—. Vaya tomando nota, Farnum, de lo que va a declarar el pollo.

Kit Doyle se sentía siempre culpable de algo ante Barry Wilcox, pero en aquella ocasión se consideraba tan inocente como en su primera infancia.

Y habló con creciente indignación:

—Este pollo poco tiene que declarar, teniente. Anoche me encontré yo a esta muchacha en el Mónaco. Me dijo que cuando pudiera viniese a verla, que me tenía que encomendar una investigación. Yo estaba de fiesta y al despertar esta mañana recordé la dirección que ella me había dado. He venido, y me he tropezado con usted.

Barry Wilcox dejó de chupetear su pipa, para decir afablemente:

—Hace años que te lo vengo diciendo, Kit. Te pasas siempre de listo pretendiendo descubrir antes que nadie la clave de algunos asesinatos.

Y apuntando hacia Stela Todd con la pipa, añadió:

—Con esta muerta a la vista, has dado tu último tropezón.

Los ojos azules ya no eran cándidos, sino duros, implacables.

—En ti no puede ser atenuante la embriaguez. Anda, no juegues más conmigo, y declara cómo mataste a Stela Todd.

CAPÍTULO IV

Joan Farnum, atendiendo al gesto con que Wilcox le señalaba su propia libreta de apuntes, fue leyendo lentamente, porque traducía los signos taquigráficos:

«A las diez en punto, un comunicante anónimo telefonea a la brigada, solicitando con urgencia al teniente Wilcox. Mientras acude, se intenta localizar el número desde donde telefonea el comunicante, que dice haber llamado repetidamente al tercer apartamento, segundo piso, del 36 de Lakewood, domicilio de Stela Todd, la cual a las cuatro y cuarto de la madrugada iba en un “Lincoln” matrícula 7007, de la ciudad. Cuelgan. Telefoneaba desde la cabina pública central de Lakewood».

Dobló ella la hoja, disponiéndose a proseguir, pero intervino Wilcox:

—Conociendo tu matrícula, supuse que algún rival tuyo en amoríos y malas andanzas se estaba tomando un desquite. Vine con Farnum, Hamilton y Sheridan.

La taquígrafa ayudante, y los dos técnicos en huellas y reconstrucción.

Doyle, cogiendo una silla, la cabalgó con el respaldo contra el pecho. Escuchaba con suma atención.

Leyó Joan Farnum:

«Siendo inútiles las llamadas, abrió Sheridan. Al pie del diván, fotografió Hamilton el cadáver de Stela Todd. El doctor Bradock, llamado urgentemente, informa...»

Miró ella al teniente Wilcox. No en balde llevaba varios años al servicio personal del jefe de la brigada del distrito de Bolton.

Wilcox buscaba sus cerillas, refunfuñando. Aceptó el encendedor que le tendía Joan, rechazando con gesto de repulsión la cerilla que le ofrecía Doyle.

Y con la primera bocanada de humo acremente mentolado, informó Wilcox:

—Bradock extrajo una bala de «Colt» 38. Muerte por hemorragia interna, entre cinco y seis de la madrugada. Dame tu herramienta, pollo.

Recordó Doyle la que llevaba, perteneciente a Bruno Garvin.

Presentó la suya, que recogió Wilcox, guardándola en el bolsillo de su gabardina.

—Ahora, pollo, habla lo mejor que sepas. Ves suficiente televisión para saber lo que sucede en casos parecidos. El aficionado listísimo que siempre se entromete. El profesional torpe que nunca da una en el clavo. Pero llevo mucho tiempo deseando terminar con tus genialidades, pollo. Empieza por el principio. ¿Desde cuándo le hacías la rosca a esta muchacha?

—Siempre me ha sido usted simpático, teniente. Menos que Farnum, naturalmente. Pero esta vez me pilla usted asqueado de todo. Ya que es capaz de pensar que yo puedo matar a una chica, y venir luego a rondar así, es que realmente me tiene en muy bajo concepto.

Wilcox torció los labios a un lado, agachando la frente y mirando por debajo de la cortina de sus revueltas cejas.

Bonachón, astuto, como un maestro ante un alumno travieso.

—Échele un vistazo al pollo, Farnum. Fíjese bien en él. La propia imagen de la virtud ultrajada. Llame a los camilleros.

Pasó ella a la alcoba, y añadió Wilcox:

—Íbamos a llevamos a la Todd, cuando llamaste por el acústico.

Los dos camilleros actuaron con presteza indiferente. Salían, cuando dijo Wilcox:

—Espéreme en el coche, Farnum.

Joan abandonó también el apartamento.

Doyle estuvo tentado de contarle todo lo que sabía al viejo Wilcox. Y por una vez que iba a decir la verdad antes de llegar al final de sus investigaciones privadas el propio Wilcox le quitó la

intención:

—Cualquier jurado admitiría que, estando tú repleto de alcohol, pudiste, accidentalmente, disparar contra Stela. Y que al recuperar el sentido vulgar, o sea, al despertarte, acudiste a comprobar qué había pasado. Mucha gente por Cleveland sabe que te rellenas de nieblas las noches aburridas en que estás sin trabajo. Pero mientras te condenaban a unos años de meditación, el verdadero asesino estaría riéndose de ti y de mí, pollo.

Sonrió Doyle, intensamente aliviado.

—Usted es un talento, y dio de lleno en la clave. El tunante que telefoneó quiso comprometerme.

—Siempre andas más o menos comprometido, porque eres como el chaval temerario que basta que vea el cartel diciendo «prohibido» o «peligroso», para hacer aquello que está prohibido o que es peligroso.

—Bien cierto, sí, señor.

—Pero no me duelen prendas. Varias veces fuiste razonable en asuntos que me traían de cabeza. Voy a dejarte libre de transitar por tu cuenta, cuarenta y ocho horas. Ni un minuto más.

—Gracias, jefe.

Wilcox, golpeando la pipa contra el respaldo del diván, gruñó:

—Va a ser tu último caso, pollo. Con dos soluciones. La primera, uniforme y fonda a cargo del Estado, si antes de cuarenta y ocho horas no resuelves el caso.

—¿Y la otra solución?

—Cuando lo resuelvas a tu favor, empaquetas tus camisas y cambias de aires. A otro estado, donde no nos tropecemos tú y yo a cada paso.

—Esta misma noche, pensé que me convenía irme a sitio más soleado con menos nieblas. Ahora presento mi coartada. A las nueve de la noche, tras cenar en el automático de Bix, fui al Teatro de las Naciones, hasta que el telón dijo que ya estaba bien. Escuche, teniente, a ratos me encuentro asqueado de todo.

—Ya sé. Y entonces agarras una «trompa» infame. Que fue lo que hiciste anoche. Sigue explicándote mientras decimos adiós al nidito de Stela. Trabajaba en el Mónaco. ¿Lo sabías?

Mientras Wilcox cerraba por fuera y un agente uniformado saludaba, regresando a su asiento cercano a la puerta, explicó

Doyle:

—Del teatro pasé otra vez al automático de Bix, después al *striptease* francés, donde me debían dos frascos de rye canadiense. Ahí es donde empezó el lío, porque generalmente solo tomo *bourbon*; contra el cual estoy casi inmunizado. Entonces salí a despejarme y entré en el Mónaco, dispuesto a tomar café.

Bajando las escaleras, sin volverse, comentó Wilcox:

—Andarías mucho.

—Con el «Lincoln» llegué hasta el Mónaco. De esto sí que estoy seguro. Y ha de creerme. La cuestión es que perdí de vista el coche.

Wilcox no salió por la puerta principal. Pasó entre los cuatro ascensores, hacia el fondo, cuya puerta abierta daba salida a la transversal, paralela a la avenida Bolton.

Kit Doyle vio en la plazoleta de aparcamiento su «Lincoln», matrícula 7007.

—Tu coche, pollo. Lo vio, a las siete de la mañana, el lechero. A las ocho, el conserje. A las nueve, todos los que pasaban. A las diez y cinco, lo vi yo también.

—Está clarísimo. El que mató a Stela sabía que yo tengo licencia para «Colt» 38. Por lo que fuese, le interesaba terminar con Stela, y aprovechó para llevarse mí «Lincoln» con ella de pasajera o no, porque el que telefoneó es posiblemente el mismo que la mató.

—Incógnita, sospecha, hipótesis, cábalas y todo lo demás, corren de tu cuenta, pollo. ¿Qué te dijo Stela en el Mónaco?

—Que tan pronto pudiese y estuviera sereno, pasase a verla por su piso.

—Ya la has visto. Son las once y cincuenta. Jueves. El sábado a esta misma hora he de verte y oírte.

Barry Wilcox se alejó hacia el coche oficial.

Se detuvo para mirar al que, interceptándole el paso, le decía:

—Resulta extraño, teniente. No me importa nada de lo que la gente piensa de mí. Pero me importa mucho que usted no piense tan mal. La última vez que nos tropezamos me hablaba de un modo distinto.

Wilcox resopló humareda oliente a benjuí y mentol.

Contraídas las borascosas cejas, dijo:

—Personalmente, si te viese morir a tiros de metralleta limpia dentro de un tonel de licor, pensaría que hallaste el fin que

buscabas. Pero una persona a la que aprecio mucho, se preocupa demasiado por ti. Y tú en la higuera, en el Limbo. Por esto, tan pronto encuentres al que quería endilgarte la muerte de Stela, te largarás de Cleveland y Ohio.

—¿A quién quiere usted evitarle penitas?

—No llegas ni a cínico, Kit. Tan sólo a borrico. Y lo más triste es que, con la mitad de tu seso, otros logran ser jefazos en lo que emprenden. Bueno, date prisa en funcionar. Sábado a las once cincuenta, te espero. Queda cancelado tu permiso de uso de la herramienta. Emplea sólo el seso.

Esta vez, Doyle no volvió a perseguir a Wilcox. Yendo hacia su «Lincoln», meditó unos instantes en la persona desconocida que apreciaba el viejo gruñón, y que, al parecer, tanto se preocupaba por él, por Kit Doyle.

Pero al poner en marcha el coche, se olvidó de aquella incógnita.

Tenía muchísimo más interés en resolver la razón por la cual mencionar un fetiche de ámbar había puesto en funcionamiento a Bruno Garvin.

CAPÍTULO V

Jack Roberts era el columnista de chismes y espectáculos de Cleveland más leído. Afirmaba que su archivo mental le igualaba a Einstein en un punto: la relatividad.

Todo era relativo en el mundo de celebridades nocturnas, donde millonarios de ayer se transformaban en procesados escandalosos, y donde propietarios de clubs, antiguos procesados, se convertían en auxiliares de la justicia.

Roberts se despertaba hacia las dos de la tarde. Echaba otro sueñecito, después de acudir al gimnasio, baño turco y restaurante. A las cinco de la tarde de aquel jueves suspiraba beatíficamente en el catre de la cabina del gimnasio.

Alzó un solo párpado al sentir un repentino peso en el borde del catre. Tenía los ojos redondos como un búho, y también la misma malignidad en las pupilas.

Pero Kit Doyle había sido repetidamente una fuente de informaciones sensacionales, a trueque de otras noticias.

—Hola, fenómeno. No me lo digas. Déjame adivinar. Cogiste la llave de otra cabina. Me traes un chispazo de alto voltaje a cambio de mis confidencias.

—Los chispazos en cadena deslumbrante te los suministraré el sábado antes del mediodía. El trato de siempre, Jack.

El periodista, sentándose, cogió una pelota de tenis y fue presionándola cinco veces con cada mano. Fortalecimiento de los músculos del antebrazo, que le hacían tanta falta como la máquina de escribir y la memoria.

Tenía que repeler muchas agresiones, sin atacar, sino procurando salvar el físico. Sus «chispas» daban calambres a mucha gente importante.

Aprobó:

—El trato de siempre. Ni sé cómo te llamas, y nadie sabe que me

das alguna que otra liebre.

—He perdido horas repasando tus columnas, yendo al censo, a la oficina de contratación artística, y por último, tomándome aquí un baño turco, que maldita la falta que me hacía. La Prensa publicará esta noche que una chica llamada Stela Todd apareció asesinada en su apartamento.

Roberts entrechocó los puños, como segunda parte del ejercicio.

—También se leerá que la policía tiene una pista, etcétera. No la tienen. Yo he de encontrarla. A Stela la conocí anoche. Me citó para que fuese a verla cuando pudiese. Pude, cuando ya se la llevaban dos camilleros. La vi anoche en el Mónaco.

Roberts se colocó la pelota de tenis bajo el sobaco izquierdo. Fortalecimiento de dorsales, en aleteo, que acabó por completar su parecido con un musculoso búho humano.

—¿Cómo murió?

—Entre cinco y seis de la madrugada, de un balazo en el costado. Aplicado a quemarropa, por alguien que pudo acercársele lo suficiente, sin que ella desconfiase. Y que podía entrar en su departamento sin forzar puertas ni ventanas.

—Stela Todd... Cabello coñac, mal genio y pretensiones de aspirante a esposa de millonario. Salía con chicos bien, y no se dejaba imponer por ningún chulo. Mala suerte, fenómeno. Si me hubieses escogido a otra, te podría anotar dos o tres galanes con posibilidades de aspirantes a asesinarlas.

—A ti te pegó un bolsazo, un martes de carnaval.

—A traición. Ya leíste cómo ocurrió. Iba disfrazada de marquesa. Yo, de emperador romano. Dije que las marquesas de verdad no se bañaban en jazmín, sino en leche de burra. Lo tomó a mal, y mientras bailaba yo con su amiga, me atacó por retaguardia.

—¿Su amiga?

—Una de las tantas. Ya sabes cómo son. Hoy te quiero, mañana te odio.

—El martes de carnaval cayó la semana pasada, Jack.

—Su amiga era una morena redondita, cabellos ala de cuervo, rebosante de alegría de la buena. Se llama Bess Gordon.

—¿Dónde anida?

—Fotografías de arte. Lakewood Impass. Decentísima. Quiso mucho a su esposo y al enviudar, hace unos años, decidió no volver

a casarse. Parece ser que necesitaba una modelo como Stela para propaganda de trajes de baño destinados a damas aristocráticas, y como en las fotos no salen hablando, eligió a Stela. Se hicieron amigas.

—Iré a ponerme ante el objetivo de la morena redondita. ¿Conoces a un tipo llamado Bruno Garvin?

Roberts tiró la pelota a un cesto. Levantándose, efectuó varias flexiones de piernas. Al cesar su último ejercicio, fue a abrir el pequeño armario que contenía su ropa. Dijo:

—Caliente, caliente. En doble sentido, fenómeno. Acabas de recordarme que últimamente rondaba mucho Bruno Garvin por los sitios donde yo veía a Stela. En el 411, en Romano... Y digo caliente, porque Bruno Garvin, cantando una tarantela, es capaz de soplarle un tiro a una mosca, y sólo se enteran él y la mosca.

—Yo voy a ser la mosca, entonces.

—Garvin es comparsa en el bar Amassera.

—Me enteré en el censo de contratación. Cobra la tarifa de comparsa en el tablado. Pero yo deseo ir entre bastidores, Jack.

—Pasemos revista. El gerente del local que proporciona a Garvin un sueldo aparentemente honorable, es Gene Massera. Un seductor florentino, tipo de galán maduro. Impecable y confidente de la policía. Bruno Garvin canta tarantelas, y Carl Amalfi, napolitano como él, es su gran amigo.

—¿Qué sabes tú de fetiches?

Jack Roberts suspendió el acto de tirar de la cremallera de su pantalón. Su rostro adquirió la expresión de un búho sorprendido por un faro.

—¿Te has convertido al culto de la psiquiatría, fenómeno? Visité a un psiquiatra un día en que me encontraba raro. Empezó por preguntarme si de niño arañaba yo al gato y, de pronto, a renglón seguido, quiso saber si al afeitarme cantaba marchas militares o me sentía tristón al enjabonarme.

—Esta madrugada, hablando yo con Stela, no le hacía mucho caso a lo que me contaba porque había mezclado rye con *bourbon*. Su cabello me recordó que mencionaba un fetiche de ámbar, roto por la base.

—Los fetiches traen maleficio a los paganos civilizados. Es cuanto puedo aclararte. Y déjame demostrarte que reviento de

inteligencia. Tú estableces una estrecha conexión entre Stela, la bala, Bruno Garvin y un fetiche de ámbar.

Doyle asestó una palmada sobre el recio antebrazo del periodista.

—Casi, casi. Volveré a pulsar tu inteligencia, apenas tenga otro asidero. Beso tu frente, chismoso.

—Cantaré un salmo en tu funeral, fenómeno.

Poco después, al volante, conduciendo hacia Lakewood, resumió Doyle para sí mismo, en voz alta:

—Entre cinco y seis, Stela recibe a uno de su confianza. Que le dispara con el mismo calibre que poseemos yo y Bruno. Pero Bruno no tuvo tiempo de acecharme, esperarme y matar a Stela. Su amigote es Carl Amalfi. Y Stela me entregó el cerillero del bar Amassera para que yo escribiese su dirección. Rogándome mucho secreto. Así es que lo escondí en mi sombrero. Bruno estaba de buen humor en la bañera, pese a que lo zarandeé. Hizo lo posible por incitarme a que acudiese volando a visitar el cadáver.

Viró por Lakewood Impass, un callejón sin salida. Aparcando en el único sitio permitido, se dirigió al número seis.

Tubos fluorescentes dibujaban a intervalos en el primer piso:

«Foto artística», y «Bess Gordon».

Una de las pocas casas coloniales de Cleveland que no cedió su lugar a los rascacielos. En los bajos, un experto joyero y un encuadernador de lujo. Un solo piso.

Una escalinata adecuada para miriñaques y reverencias. Nada de apartamentos numerados.

Toda el ala derecha para Bess Gordon, cuya firma ilustraba fotos de alta sociedad y propaganda refinada.

Abrió una mujer. Kit Doyle se apartó para dejarle paso, ya que debía ser alguna visitante. Un sombrerito raro, un abrigo de cibelina.

Menuda, redonda, cabellos negrísimos.

Sonrió ella:

—Usted es Kit Doyle.

Doyle señaló el interior.

—Está usted en su casa, Bess. Esta madrugada no llevaba este cestito sobre el cabello. Pero me invitó a perseguirla. Lo recuerdo bien. Y luego se evaporó. Como también se evaporó mí «Lincoln».

Bess Gordon, retrocediendo, volvió a cerrar, sonriendo con pícara alegría.

CAPÍTULO VI

Más que una antesala, aquello era un salón del siglo dieciocho, pensó Doyle. Molduras doradas, espejos, sillones y mesas, torneados con paciencia, cortinajes de mucho peso, y una iluminación brotando de los lugares más inverosímiles.

Manos de marfil, estatuillas extrañas, vitrinas y lamparitas de estilos anacrónicos, se encargaban de esparcir luces.

Sentándose, explicó Bess Gordon:

—Me disponía a salir porque tengo una cita que no puedo aplazar. Le he telefoneado exactamente cuatro veces. A la una, dos, tres y cuatro. A su dirección. No contesta nadie.

—Pero ya estoy aquí, Bess. Y aquí dentro hay un fortunón en cosas superfinamente bonitas. Un museo casi.

—Heredado por mi marido.

—¿Para qué me telefoneó?

—Le debía una explicación. Stela me dijo anoche que buscaba un detective privado, listísimo. Yo le recomendé a Kit Doyle, con ciertos reparos y salvedades.

—Sepamos los reparos y salvedades.

—Usted intervino en el caso de los Vanbilt. Y declaró a la Prensa que, si bien investigaba por amor al dinero, anteponía su afición a descubrir la verdad a todo, aunque el propio cliente le rogase que abandonase el caso.

—Exacto. Y Stela quería que yo investigase algo que podía importunar a personas velando por su máscara de honorabilidad.

Asintió Bess Gordon.

—Cuando le vi entrar en el Mónaco, comprendí que no era el momento más adecuado para que Stela le hablase. Ya que usted se encontraba un poco... difuso.

—Fantástico eso de difuso. ¿En qué consiste?

Rió ella, antes de definir:

—Entró usted normalmente, pero al encaramarse en un taburete de la barra, lanzó un grito de piel roja y abrazó a una señora. No hubo pelea porque intervino uno de los organizadores. Y usted le entregó diez dólares para La Gota de Leche.

—Cómo estaría yo de difuso... Malgastando dinero en biberones.

—El Mónaco celebraba anoche su turno de cesión de local a beneficio de La Gota de Leche.

—Ya me parecía que, aparte yo, abundaba la gente distinguida allí dentro.

—Cuando Stela empezó a hablarle, juzgué mejor aplazar la entrevista, y recurrí a una artimaña que le ruego me excuse.

—A usted se lo perdono todo, porque armoniza con este salón. Me refiero a eso de la cortesía. Llama usted difusión a una asquerosa papalina.

Miró ella su reloj pulsera y, levantándose, dijo:

—Mi cita es inaplazable. Podemos vernos a las siete y media.

—Su cita tendrá que esperar. Por una vez, su exquisita personilla no quedará mal. No se envare, Bess. ¿Le tenía afecto a Stela?

—Mucho. Es una incomprendida, a la que juzgan cursi, cuando en realidad se propone refinarse. También le telefoneé a las mismas horas que a usted, y ni siquiera daban señal de comunicación. Quería saber si por fin había consultado ella con usted. Deduje que había abandonado su apartamento, quitando la conexión.

Se dirigió ella hacia la puerta.

Miró severamente al que se interponía agitando un índice, doblándolo hacia sí, cerca del rostro.

—Hacia las cuatro, esta madrugada, usted me hace la señita tentadora. «Ven a mí, difuso Kit». Yo acudo como un león. Tenía usted una risita de ninfa pudorosa. Llegué a la calle dando zarpazos entre la niebla. Está claro ahora. Su seña y la risita me alejaban del Mónaco y de mi coche.

—Déjeme acudir a mi cita. Después estaré a su entera disposición para aclararle lo que desee saber.

Se apartó. Al abrir ella, desde fuera insistió Doyle:

—También me dio Stela una cita, y se me hizo tarde. No quiero que se repita la informalidad.

Bajando las escaleras, contestó ella:

—Precisamente tengo fama de puntual. Me ha hecho usted

retrasar quince minutos.

Pisaban la amplia alfombra del zaguán señorial cuando dijo Doyle:

—Puede telefonar a quien la espera.

—No. Porque para mí es importantísimo.

Faltaban cuatro pasos para el umbral.

Volvió ella a envararse, al sentirse cogida del codo.

—Guárdeme un secreto, Bess, que solamente sabremos los dos. Su amiga Stela está posando sobre una mesa de autopsia, con una bala del calibre 38, disparada entre cinco y seis de la madrugada.

Bess Gordon pestañeó. Sus labios, sin pintura, emblanquecieron. Murmuró:

—Entonces..., la pobre tenía razón. Hautlenissei poseía maleficio.

—¿Hautle... qué?

Abrió ella su bolso, extrajo un llavero y dijo apresuradamente:

—Espéreme en mi piso, y volveré inmediatamente. Apenas quince minutos. Ir y volver.

—De acuerdo, Bess. ¿Quiere que la acompañe?

—No, no. Es aquí cerca.

Se alejó ella a paso rápido. Doyle titubeó unos instantes. Los suficientes para desistir.

Poco después, presionaba el conmutador que daba al salón su luminotecnica especial.

—Hautle... maleficio —fue diciendo, examinando las vitrinas y estatuillas.

Jade, plata, porcelana, marfil, ébano... Nada de ámbar a la vista. Cada figura, y las había espeluznantes, tenían en su base una explicación.

Alguna rarísima, como la de una figurilla acurrucada, de marfil, representando una especie de monje.

«Budista disidente. Orientado al Este, y alejado de flores y agua, es amuleto. Copia del legítimo ídolo existente en Angkor».

Meditó que Stela debía poseer un fetiche de ámbar, cuyo maleficio temía. Consultó a Bess, y ésta, cuando le ve a él junto a Stela, le extravía...

Se revolvió ágilmente. Todas las luces acababan de apagarse.

Permaneció muy quieto porque tenía una práctica excesiva en

reconocer cuándo la inmovilidad era una garantía.

Había dos. Uno, el que había apagado.

Otro, el que le estaba hincando entre las costillas un objeto cilíndrico, que no permitía discusiones.

El golpe fue de una precisión contundente. Por duplicado. En el estómago y tras la nuca.

Sólo para reducirlo a un desmadejamiento. Ya que el que le golpeó de frente había empleado el puño cerrado en torno a la culata. El que estaba a su lado mantuvo la pistola contra sus costillas, mientras aplicaba el toque con el canto de la mano.

Muy borrosamente, se daba cuenta de que le sacaban, asido por los codos. Un hombre ebrio, sostenido cariñosamente por dos compañeros.

En estado totalmente «difuso», percibió la humedad del aire callejero en el rostro. Y en el callejón roncó el motor de un coche, puesto en marcha apenas quedó Doyle suelto de un codo.

El revólver le empujó por la nuca. Tropezó con una portezuela abierta.

—Arrodillado, Kit. Boca abajo —ordenó el del revólver.

Doyle estaba aún caótico. Se tendió ladeado, dobladas las rodillas. Cerraron la portezuela y la misma voz ordenó:

—Dale gas, Harry.

El coche se puso en movimiento y, abandonando Lakewood Impass, viró al sudeste, hacia los muelles del trigo.

A velocidad moderada, parándose reglamentariamente a las señales luminosas.

Entre el asiento posterior y el respaldo delantero, Doyle trataba de coordinar. Por lo pronto, le habían quitado el «Colt» 38, propiedad de Bruno Garvin.

Y las dos piernas del que se sentaba esquinado no estaban a su alcance, porque los pies le reposaban sobre las rodillas.

El brillo acerado de un «Colt» 38 le apuntaba a suficiente distancia para que se disparase sin remedio, si intentaba oponer resistencia.

Necesitaba unos minutos más para recuperarse del todo. El coche iba aumentando de velocidad. El que empuñaba el «Colt» indicó:

—Por Lorain Bay, Harry.

Doyle movió cautelosamente la mano derecha oculta bajo su costado. Un pie abandonó su rodilla para golpearle de plano en el cuello.

Y Bruno Garvin, oscilando su «Colt» recobrado, dijo riendo:

—Te vas a beber un café exquisito, Kit. ¡Acelera, Harry!

CAPÍTULO VII

El chófer, Harry, no había pronunciado una sola palabra, concentrándose en conducir obedeciendo a las señales luminosas.

Bruno Garvin reía con la misma jovialidad que un chacal hambriento.

Meditó Doyle que pronto llegarían a Lorain Bay, la carretera Oeste bordeando el lago.

Podía prever lo que sucedería. El coche se detendría y...

—Un «paseo» que te va a costar caro después, Bruno.

—¿Tú crees?

—Si me vacías el tambor, resérvate una bala para estallarte el cráneo.

—Vamos, vamos, Kit. No se trata de nada de esto, hombre. Bajaremos cuando se divise la casa de mis antepasados, para enseñarte unos cuadros de gran valor artístico.

—Bajaremos, y si no quieres hacer ruido, el coche puede pasarme varias veces por encima. Te brindo la técnica. Un toque de culata, y con dos idas y vueltas, los neumáticos me dejarán planchado, para la crónica de accidentes. Pero tras la frente, Bruno, ¿tienes materia gris?

—Para venderte unos gramos que me sobran y te hacen falta a ti. Quietito, o morirás antes de tiempo, chico...

El coche dejaba atrás la última señal luminosa de circulación urbana, y aceleraba progresivamente cuando, con brusquedad, describió un vaivén. Harry imprecó. Chirriaron unos frenos a su derecha.

Harry empujó desesperadamente sus frenos.

Doyle se sintió elevado hacia el techo. Las rodillas de Garvin se hundieron en sus costillas. Una de sus manos le tocó la nuca.

El brusco frenazo había proyectado hacia adelante a Garvin. Con todas sus fuerzas, Doyle echó la cabeza hacia atrás. Su cráneo entró

en contacto con algo blando.

La cara de Garvin, que lanzó un alarido, mientras Doyle conseguía rodar a un lado y asir la muñeca derecha del pistolero. Apretó con fuerza, retorciendo a la vez, empujando.

El estampido perforó los tímpanos de Doyle. En sentido figurado.

El mismo estampido pulverizó la frente de Bruno Garvin.

En sentido diagonal, de mortal necesidad.

Doyle acabó de recuperar su equilibrio, sentándose en el asiento mientras Garvin resbalaba en ovillo.

Todo había pasado en unos segundos. El chófer Harry acababa de recuperar el pleno mando del volante. Giró el rostro al oír el estampido. Volviéndolo hacia adelante con la misma presteza, al verse encañonado por el «Colt» arrebatado a la diestra de Garvin.

—Adelante, Harry. Seguimos hacia Lorain Bay. Un poco más, y nos morimos. ¿Qué fue?

Temblona la voz, explicó:

—Yo iba por mi sitio, pero se me cruzó un camión...

—Desde ahora, adoro a los camioneros como, de niño, reverenciaba a mi ángel de la guarda. Al primer lateral, entras lentamente, Harry, a menos que quieras hacerle compañía a Bruno.

El primer ramal al Sur era un sendero fangoso que conducía a unos secaderos de pescado, distantes más de una milla.

—Aquí mismo, Harry. Para y baja.

El chófer obedeció y, cuando se reclinó contra la portezuela, temblaba, pese a su abrigo, bufanda y gorra.

Kit Doyle parecía rascarse una patilla con el «Colt», ante el chófer.

—Yo no sabía que... Me dijo que era para transportar un amigo suyo enfermo...

—De calenturas, Harry. Vete maniobrando con la misma destreza que evitaste el camión bendito. La gorra. Al suelo.

Harry tiró la gorra al suelo, respirando anhelosamente.

—Quítate la bufanda y el abrigo. Dame tu documentación, Harry.

Un carnet de chófer, extendido a nombre de Harry Mansfield, casado, cuarenta y ocho años.

—¿Es tuyo este «Buick», Mansfield?

—Estoy de turno de cuatro a medianoche. En la parada veinte de la avenida Lakewood. Vino un hombre.

—¿Este? —Y designó Doyle el asiento posterior.

—No. Era otro. Era el que se fue, apenas entró usted.

—Dirás apenas me arrojaron al interior. Y tú tan tranquilo.

—Cuando me di cuenta de la clase de sujeto que era... el que ha muerto, ya no podía intentar nada. El otro me había dicho que esperase ante el número seis del Impass, donde se apeó. Que volvería con un par de amigos. Y apenas entrase el que venía enfermo, debía yo dirigirme a Lorain. Me entregó cincuenta dólares. Después..., me vi cogido.

—Ahora, cógeme por las piernas al cliente. Anda, sácale de ahí dentro. Cobraste cincuenta dólares, Harry.

Por unos instantes, pareció que Mansfield iba a llorar. Por fin, introdujo el busto, arrastró, y, resoplando, abandonó el cadáver sobre el sendero.

—Un pequeño esfuerzo más, Harry. Has de ganarte los cincuenta.

Doyle fingió mirar el cuerpo yacente en el fango.

Y Mansfield demostró que no era un chófer al servicio de hombres como Garvin. Permaneció quieto, tiritando, asustado.

No aprovechó la aparente ocasión de desarmar al que, bruscamente, aconsejó:

—Recoge tu gorra, bufanda y abrigo. Vas a pillar un resfriado.

—Sí, señor.

Doyle fue a sentarse junto al volante.

—A tu sitio de siempre, Mansfield.

—Sí, señor.

El chófer de taxi vino a sentarse, apoyando las manos en el volante.

—Vamos a la ciudad. Conduce poco a poco, y escúchame. Soy el ayudante privado del teniente Wilcox, de la Criminal. Por motivos ajenos a tu profesión, vas a mantener la boca cerrada hasta el sábado al mediodía, en que vendrás al despacho del teniente Wilcox a contarle lo que pasó. Hasta entonces, no hables de esto ni con tu almohada.

—¡Puede... estar seguro de que no diré ni media! —resolló Mansfield, conduciendo a poca velocidad por la pista hacia

Cleveland.

—Primero te creí en combinación con los dos pistoleros.

—¡Cristo! Ni hablar. Cuando me dio cincuenta dólares, olí algo raro. Vemos muchas cosas raras nosotros, señor.

—Lláname Kit a secas. Vas a decirme que eres casado, tienes hijos, y lo esencial es ganarles la pitanza. Y aceptaste, sin pensar que era un «paseo» sin retorno. El que se apeó te hubiera suprimido a ti también. Un consejo, Harry. Durante dos días, a partir de ahora, convendría que tú y tu familia os ausentaseis de Cleveland.

—Tenemos parientes en Cincinnati.

—Vete allá de cabeza. Porque el otro, el que te contrató, vendrá a buscarte, cuando su amigote no regrese.

—Sí, sí, comprendo... ¡Cristo! ¿Qué le digo a mi costilla?

—Que te ha telefonado al bar la tía Priscila o el tío Elmer. Urgente que vayáis todos a Cincinnati. Allí se lo explicarás el sábado por la mañana. Me dejas ahora en la esquina anterior a tu parada. El que te dio los cincuenta dólares, ¿qué pelaje tenía?

—Era grueso, cara larga, nariz gruesa y ojillos sucios.

—¿Legañosos?

—Ya me comprende, señor Kit. Esos ojillos como de cerdo. Tenía los labios delgados y dientes de oro. Llevaba un abrigo azul muy oscuro, sombrero también oscuro. Una corbata amarilla con una herradura de brillantes. Pero no era un señor. Era tosco, y me pareció italiano.

—Magnífico, Harry. Creo que los dos nos hemos salvado por pelos.

Fue aminorando Mansfield la marcha. Y, al detenerse, dijo:

—Necesitaré estos dos días de reposo. Estoy deshecho...

Al apearse, sonrió Doyle por vez primera. Tendía cinco billetes de veinte dólares.

—El que se quedó allá en el sendero, no te pagó, Harry. Tenía este dinero en su cartera. Muy tuyo, Harry. Yo soy soltero y sin compromiso. Y recuerda que hasta el sábado al mediodía, en que visitarás al teniente Wilcox, mutismo absoluto.

—Gracias de veras, Kit. Cristo le proteja.

Dirigiéndose hacia Lakewood Impass, pensó Doyle que debía ser la única vez en que el dinero de Bruno Garvin suscitó bendiciones.

Del bolsillo superior de su americana sacó la llave facilitada por

Bess Gordon. Abrió. Las luces tamizadas fueron desparramando sus reflejos. Vitrinas, espejos, estatuillas.

Y Bess Gordon, tendida de lado sobre una alfombra cercaba a una vitrina. Con una mancha rojiza en el costado izquierdo.

Arrodillado, enlazó Doyle por los hombros a la amiga de Stela.

Acercó el oído a los labios femeninos. Hacía muy poco tiempo que una bala había chamuscado a quemarropa, sobre el tejido de punto, el costado izquierdo de Bess Gordon.

La cibelina colgaba de un sillón.

La diestra de Bess Gordon tenía dos uñas rotas.

Vio Doyle el rastro de sangre yendo desde el sillón hasta la vitrina.

Y una de las patas de la vitrina estaba arañada.

CAPÍTULO VIII

El reloj de pulsera de Bess Gordon era un instrumento de precisión y lujo. Se había detenido, roto el cristal, a las seis y cuarenta.

Eran las siete y cinco, cuando Kit Doyle abandonaba con suma precaución el domicilio de la fotógrafa, tras cerrar la puerta y guardar la llave.

Apretó el paso por el zaguán, porque oía la sirena policial. Corrió hacia la plazoleta, subiendo en su «Lincoln» y, virando apresuradamente, logró penetrar por Lakewood cuando aparecían por Bolton dos motoristas precediendo un coche de la policía.

Con fría rabia, pensó que de nuevo alguien había avisado. Dos hermosas muchachas muertas por un pedazo de ámbar.

Y la pista de Carl Amalfi le pertenecía a él exclusivamente. Ya era una cuestión netamente personal. A resolver en el bar Amassera.

Dejó el «Lincoln» en un garaje donde no le conocían.

Se dirigió a pie al automático donde solía cenar. Al doblar la esquina fingió abstraerse en la contemplación de un escaparate.

Ante el automático acababan de bajar de un coche dos individuos. El escudo de la portezuela del coche era el emblema del Cuerpo de Detectives, distrito de Bolton. No le convenía aún hablar con Wilcox.

Lo referente al muerto Garvin, al vivo Amalfi y a un pedazo de ámbar, eran tres pistas que le pertenecían.

El coche se alejó. Los dos agentes ocuparon sitios distintos. Uno en la barra. Otro en una mesa.

Cinco minutos después, desde una cabina pública marcaba los números del automático en que efectuaba sus comidas. Reconoció la voz de la empleada de tocadores.

—Soy Doyle, guapa. No se lo diga al larguirucho del impermeable azul y sombrero castor que lee el periódico en la mesa

siete. Dígale tan sólo que le llaman al aparato.

—¿Cómo se llama este señor, Kit?

—Impermeable azul, sombrero castor, larguirucho y mesa siete, guapa.

Poco después, una voz autoritaria conminaba:

—¿Quién es?

—Un amigo de Kit Doyle, que me ha dado un encargo. Se encuentra muy atareado...

—¡Oiga, Doyle! Ya le conocemos demasiado, ¡caray! El viejo está que trina. Quiere verle inmediatamente. Ya sabe por qué. Tenía usted su cacharro delante del seis de Impass Lakewood, y salió pitando apenas llegaba él. Déjese de jugueteos, porque me como el sombrero si esta vez no le mete entre rejas.

—El viejo me otorgó cuarenta y ocho horas. Para dar con uno o varios criminales. Y daré con ellos, si me dejan tranquilo. Ustedes ya tienen bastante tarea, sin perder el tiempo conmigo. Oiga... No pida filete. Sólo los viernes está fenomenal.

Colgó Doyle para atajar la letanía de imprecaciones.

Fue a cenar a un automático de la calle Bathonar, el barrio residencial, alejado de la ribera. Calles tranquilas, jardincillos, casitas con cortinas polícromas, horarios prudentes, en que a las diez de la noche casi todos dormían.

Joan Farnum, huérfana del cuerpo policial, hija de capitán detective, seguía las costumbres heredadas de su meticulosa madre, que también había sido taquígrafa ayudante.

Las mismas costumbres de Bathonar. Y a las nueve y media se disponía a proceder a su aseo nocturno cuando el timbre de su puerta repicó. Fue a descorrer una mirilla.

Y abrió rápidamente.

Entrando, se dirigió Doyle en línea recta hasta los dos cuadros colgados sobre un escritorio. Se quitó el sombrero y dijo:

—Buenas noches, capitán Farnum y señora. Han de perdonarme si visito a Joan a horas indebidas, pero es la única chica decente del mundo entero.

Se volvió para contemplar, complacido, la imagen femenina. Bata acolchada de solapas cerradas hasta el cuello, cabello rubio recogido con lazo negro, sin pintura. Imagen de la pulcritud estilizada.

—El teniente está enojado con usted, Kit.

—No nos envejecamos con el usted. Habrás comprendido que si me permito acudir a tu nido es por dos razones. La primera porque si me prometes guardar el secreto hasta el mediodía del sábado, sé que lo guardarás. Dime que sí. Tiende la mano y promete.

Ella tendió la mano y dijo:

—Prometido. ¿Quieres un poco de *whisky*?

—No puedo creer que bebas porquerías.

—Mi tío Elmer envía siempre una caja, y guardo algún frasco.

—Gracias. Pero he decidido ser abstemio hasta el sábado a las once y cuarenta, en que el teniente me echa de Cleveland y contornos. Ahora, coge un lápiz y tu libreta de secretos.

Joan abrió el escritorio, y extrajo una libreta de cierre y cantos dorados. Era su diario íntimo. Esperó, bolígrafo en alto.

Doyle en toda mujer veía solamente la parte arquitectónica. Nada más. En Joan veía una mujer bonita, que sería la magnífica esposa de un oficial detective.

Dictó:

—«Confidencia personal a no revelar hasta sábado, once cuarenta. Mi último caso en Cleveland lo llamaremos “Peligroso asomarse”. Stela Todd menciona el miércoles por la madrugada en el Mónaco un pedazo de ámbar, un fetiche de base rota. Quedamos en que la veré tan pronto pueda. En mi domicilio me aguarda Bruno Garvin, que intenta avasallarme. Lo tengo esposado hasta las once, en que me despierto. Me dice que vigilaba a Stela, porque la muchacha veía visiones. Le dejo libre, quedándome con su “Colt” 38, al que no falta ninguna bala. Voy a ver a Stela. Punto».

Alzó ella el bolígrafo y los ojazos. Miraba con rara expresión al que preguntó:

—¿Qué averiguó el viejo en el salón de las vitrinas de Bess?

—Que visitaste a Bess a las cinco. Que saliste hacia las siete. Por segunda vez fue avisado el teniente por teléfono. El «Lincoln» estaba ante el número seis de Impass. Dijeron que vieron a Bess Gordon intentando salir, y un hombre impidiéndoselo. Que telefoneaban porque parecía que el hombre no era de fiar. Era un vecino, y no daba su identidad porque no quería complicaciones. Eso dijo, a la vez que citaba la matrícula del «Lincoln», del que se apeó el hombre poco de fiar.

—Este chivato es el que me interesa atrapar cuanto antes. ¿Qué clase de tonalidad de voz tenía?

—Dijo el teniente que hablaba como un hombre acatarrado.

—O con un pañuelo delante de los labios. ¿Cabina pública?

—Sí. De la avenida Lakewood.

—Apunta, guapa. Bueno, perdón... No es que no seas preciosa, pero las mujercitas de tu rarísima condición, tienen el privilegio de disponer de un nombre. Todas las demás son pues... eso: guapa, nena, ricura... Tú eres Joan. O como dice el teniente: Farnum. Dicto.

En la pausa, Joan Farnum anotó para su uso particular varios signos.

Traducidos, decían: «Soy Joan. Pero puedo ser guapa, nena, ricura, como le gustan».

Doyle fue dictando:

—«Buscando relación entre Stela y Bruno, pierdo unas horas. Me entero que Bess era gran amiga de Stela. Visito a Bess a las cinco. Ella era la que me hizo extraviarme por la niebla, apartándome de Stela. Dice que fue porque yo no estaba en condiciones de enterarme bien de lo que me quería explicar Stela. Dice que tiene cita inaplazable. Le anuncio que Stela ha muerto. Y entonces afirma que Stela tenía razón. Que Hautlenissei trae maleficio».

Se interrumpió Doyle porque la zurda de Joan pedía pausa.

—¿Qué nombre has dicho, Kit?

Letra por letra, lo puntualizó Doyle, prosiguiendo:

—«Cometo el error de dejarla acudir a su cita, porque me promete regresar en seguida. Me deja su llave para que la espere. Contemplo figurillas raras, y me pillan de sorpresa Bruno Garvin y otro por identificar aún. Bruno quiere darme el paseo sin retorno. Gracias a un camión oportuno, puedo cogerle el gatillo a Bruno. Se dispara el “Colt”, y Bruno queda muerto. ¿Quién le proporcionó llave a Garvin para entrar en el piso de Bess? Ya lo averiguaré. A las siete menos cinco entro en el piso de Bess. Hacía muy poco que le habían disparado. Alguien, también de confianza, como en el caso Stela, ya que disparó a quemarropa, sin que ella tuviera huellas de haber sido sujeta. Abandono el piso. Veo que hay dos policías esperándome donde suelo cenar, y voy a cenar a otro sitio. Me consta que una figurilla de ámbar, que poseía Stela, es la causa y

origen de las muertes de Stela y Bess. He consultado enciclopedia sobre palabra Hautlenissei. No aporta luz alguna. Son ahora las nueve cuarenta y ocho. Prosigo investigación. Punto final».

Cerró Joan su diario.

—¿Cuándo me dictas lo que seguirá, Kit?

—Seguramente, tú desayunarás hacia las siete y media.

—He de acudir al despacho del teniente a las ocho y quince.

—Podiera ser que acontecimientos imprevistos me obligasen a disponer de un sitio seguro, mientras descanso. Si tú abandonas este santo hogar a las ocho y quince...

—Dejaré la llave en la rendija bajo el buzón que está en la puerta. Volveré a la una en punto, Kit.

Cerca de la puerta, dijo Doyle:

—Confío en que no le dirás nada a Wilcox. No es traicionarle a él. Me concedió cuarenta y ocho horas. Te he dictado esto por si, causas ajenas y superiores a mi voluntad, me impiden proseguir.

Guiñando un ojo, agregó:

—Eres la primera mujer que me inspira el deseo de beber sólo agua con limón. De todos modos, ¿dónde escondes el *whisky*?

—En el armario de la cocina.

—Buenas noches, Joan. Felices sueños, Farnum.

Cerró ella lentamente la puerta.

El detective privado Kit era listísimo, según el propio Wilcox, pero no adivinaba que ella estaba enamorada. Lo había adivinado Wilcox. Se había indignado, al someter a Farnum a un interrogatorio gruñón.

¿Cómo podía ella, una mujercita honesta, enamorarse de un cínico borrachín, pendenciero y de mal vivir?

Ella había expuesto:

—Por esto mismo, señor. Porque yo haría de él un hombre totalmente distinto.

Tardó en dormirse Joan Farnum. Pensaba en el cínico borrachín que, al hablarle a ella, se convertía en un grandullón protector, de guiño amistoso y sonrisa limpia de todo cinismo.

CAPÍTULO IX

La decoración del bar Amassera era un prodigio de colorines evocando soles, marinas y músicas. Empezaba en la entrada con escaparates a cada lado, transparentando las fotos de las actantes.

Cinco dólares la entrada con derecho a consumición. Recogió Doyle el boleto, y un portero, vestido de remero veneciano, apartó su corpulenta humanidad de delante el cortinaje con la palabra «Amassera» reiterada.

Un corredor con bar y, al fondo, otro cortinaje menos tupido. Bombillas azules y rojas incendiaban sus farolillos de papel, desparramando desde el techo y las paredes algo semejante a soles inundando mares.

Al fondo, un estrado circular con rampa avanzando hasta el final de lo que era pista de baile. A cada lado de la rampa, una hilera de mesitas y sillas. Había dos pisos de palcos.

Melodías de piano, violín y acordeón.

En el estrado, una guirnalda de siete campesinas sicilianas, bailaba en torno a un fingido estanque.

Instalándose en un palco cercano a la salida de artistas, meditó Doyle que la escenografía tenía también sus misterios. Las campesinas sicilianas tiraban y recogían globitos preciosos en su ronda alrededor del estanque, cuyo surtidor proyectaba un chorro dorado.

Una Sicilia revisada por un libretista nativo de Nueva York. Como la napolitana que se asomó, tendiendo la mano para recoger la entrada, y preguntando:

—¿Espumoso, señor?

Un acento netamente yanqui, californiano. Había un superávit de morenas en California.

—Prefiero café de mi marca.

—¿Cuál es su marca, señor?

—Amalfi. Carl Amalfi.

La camarera pensó un instante y dijo por fin:

—Amalfi no ha llegado aún, señor. Le serviré el café.

Doyle vio desfilar por la rampa a las siete sicilianas que lo eran porque una tela rosa que rodeaba sus talles ostentaba su provisional nacionalidad.

Había bastantes provincianos, en viaje de negocios, con parejas eventuales. Se fueron las sicilianas, y la orquesta preludió, con redoble circense, la aparición de Nela Romana.

Doyle, que olía el café recién colocado ante él, soltó la taza.

Recordó un dibujo animado, en que al gato se le desprendían los ojos, vibrando al extremo de unos muelles disparados.

Nela Romana había sido anunciada por el redoble y la combinación luminosa que se encendió en el recuadro de cita de las atracciones que se sucedían en el tablado.

Había visto Doyle a mujeres más bonitas que Nela Romana, pero a ninguna con tanto *sexy*. Alta, de estrechísima cintura, larga pierna, su cuerpo se enfundaba, desde la garganta a los tobillos, en un tejido de mallas, imitando la piel de un reptil.

El largo cabello negrísimo ondulaba también serpenteante. Un rostro macizo y sensual en labios, pómulos y expresión. Grandes ojos verdiazules.

Permaneció ella unos instantes como evocando a cualquier espíritu, y sus brazos, en alto, serpentearon. La música de violines era casi un susurro. Nela Romana se convirtió en rueda humana. Fue arqueándose hacia atrás, y su rostro asomó entre sus piernas.

Generalmente, las contorsionistas le producían a Doyle una molestia en su osamenta. Pero Nela Romana se contorsionaba con grácil flexibilidad. Terminó con una graciosa parodia de un baile moderno.

Al desaparecer ella, se llevó Doyle un disgusto. Por el contraste.

El hombre que acababa de entrar en el palco, podía ser mil cosas, menos agradable. Barrigudo, brazos cortos, nariz gruesa y labios delgados. Cabello crespó negro.

Vestía de azul oscuro hasta la camisa, y por ello sobresalía la corbata amarilla, en la que brillaba una herradura como alfiler.

Eran sobre todo los ojos los que desagradaban. Ojillos de cerdo digiriendo pesadamente una comida fangosa y maloliente. La boca,

pequeña en el rostro largo y ancho, mostraba, en rictus, el oro de la dentadura.

—Pidió usted café de una marca inexistente, que yo sepa.

Doyle señaló una silla al otro lado de la mesita.

—Hola, Amalfi. Esta mañana le di café a Bruno. Y he venido a ver qué tal te encuentras.

Sin sentarse, Amalfi permaneció con las manos hundidas en los bolsillos de su americana. Dijo roncamente:

—No recuerdo en qué pesebre comimos juntos.

—Haz memoria, Dumbo. Esta tarde, a eso de las cinco y media. Tu nariz es lo más parecido a una trompa de elefante. La herradura ésa te traerá maleficio. También la vi cuando me hincabas una culata en el estómago.

Amalfi habló como si se aburriese:

—Pensé que era una persona sensata la que me llamaba. Comprobado que es un gracioso sin gracia, nada me retiene aquí, que yo sepa.

—Lo que sabes, también lo sé, Dumbo. Estuviste esperando a Bruno, y Bruno sin venir. Lo tenía todo a su favor. No supo aprovecharlo. A mí me estás viendo. ¿Y de Bruno, qué?

Amalfi siguió ostentando aburrimiento. Pero sus ojillos condensaban varias penas de muerte. El momento de aplicarlas no era el adecuado.

—No me iré sin despedirme de ti, Dumbo. Te lo prometo. Por ahora, prefiero ver figuras más apetitosas que la tuya y que... la bayadera de ámbar.

Los ojillos porcinos tuvieron destello de humana inteligencia a la mención de la bayadera de ámbar. Pero Amalfi dio media vuelta y abandonó el palco.

Doyle esperó unos segundos para hacer lo mismo.

Carl Amalfi, de estrechos pero macizos hombros, se internaba por el pasillo conducente a los camerinos. Penetró en uno donde ya se hallaban varios comparsas cambiándose la indumentaria.

Desde la abierta puerta, vio Doyle al italo-yanqui sentarse ante un espejo. Le tocaba ser remero veneciano en el cuadro de las góndolas escandalosas.

Kit Doyle siguió pasillo adelante.

Una florista, de cualquier región meridional, bajaba la escalera

de caracol.

Preguntó Doyle:

—¿Nela Remana?

—Ocho. ¡Eh! Mis claveles...

—De papel. Éste es mejor papel.

En la cesta, a cambio del manojo de claveles artificiales, depositó Doyle dos dólares. Llamó a la puerta número ocho.

Abrió Nela Romana. Un vestido sedoso, color naranja, con pechera blanca a tenues rayas. Exactamente un arpa aquel maravilloso pecherín, pensó Doyle, tendiendo el ramo de claveles artificiales.

Ella le miró en silencio, ladeando la cabeza.

—*Lei mi piace molto*, Nela.

—Entiendo perfectamente el lenguaje de por aquí, joven.

Una voz pastosa, sutilmente vibrante. La clase de voz que correspondía a aquel prodigio de sensualidad. Unos treinta años sazonados. Ojazos donde el azul era romántico y el verde inquietante.

—Sonará estúpido, Nela, pero desde mis lejanos tiempos adolescentes, no me pasaba esto que ahora tengo debajo del nudo de la corbata. Me llamo Kit.

Cogió ella los claveles, los olió y dijo:

—Me halaga su declaración, Kit. Y ahora, si quita el pie, podré cerrar la puerta.

—De acuerdo, Nela. Ya puede cerrar.

Entró Doyle. Y ella no cerró la puerta. Tiró los claveles sobre el mármol del tocador. Dijo gravemente:

—Existe una confusión lamentable, Kit. No me gustan los grandullones que se imaginan conquistadores.

—Pobre de mí... Al entrar en este local, pensaba en cosas muy distintas a enamorarme de repente. Pero se asomó usted, empezó a desparramar fluido y, por si moría antes del amanecer, quise llevarme su imagen en la retina.

—Dice tonterías, y no sé por qué le escucho —declaró ella, sentándose ante el espejo.

Aplicó una borla a sus mejillas.

Doyle se sentó a un lado, tras apartar la funda de mallas.

—Me escuchas, porque adivinas que soy sincero, Nela. Es la

primera vez que permanezco más de cinco minutos en este local. Y ahora quisiera haberte conocido hace años. Esta noche, precisamente esta noche tuviste que aparecer en mi existencia.

Cogió ella un pincelito de un tarro que parecía un grueso granate de facetas viscosas. Empleaba líquido para carminarse los labios. Gran idea, porque al secarse no manchaba.

—Es usted algo intrigante, Kit. Puede que intente hacerse el interesante, pero habla como si realmente tuviera que morirse. Y suena estúpidamente, como dijo al entrar.

—Pero es una verdad posible. ¿Ya no actúas más esta noche?

—No. Me voy a cenar solita, a mi casa. Mañana, si quiere, podemos vemos. Ignoro el motivo, pero hay algo en usted que me intriga.

—La sinceridad que reboso, y va de veras. ¿Dónde cenas?

Sonrió ella por vez primera. Se transformaba en una riente y encantadora muchacha.

—Cincuenta y cinco, Ceddar Alley.

Evocó Doyle la alameda exterior de *cabinrush*. Casitas con lo estricto para dos personas. Alquiladas por trimestres, a precios altos. Una alameda tranquila, alejada de humos y ruidos industriales.

—Te acompañaría hasta la misma puerta del cincuenta y cinco, si no fuera porque tengo una cita anterior.

—¿Sí?

—Con todo lo contrario a lo que representa alegría de vivir y mirar. Un tal Carl Amalfi. Me extraña que no le hayan encerrado ya en el zoo.

Hizo ella una mueca de repulsión, antes de declarar:

—Lo que a mí me extraña es que nadie haya pensado en extender a Amalfi sobre un poco de tierra para que crezcan más de prisa las hortalizas. Esto dicen las chicas que él ha intentado conquistar.

—¿Lo intentó contigo?

—Sabe muy bien que yo soy una artista y nada más. Gano lo suficiente como atracción para no tener que soportar a nadie, y menos, a inmundos pistoleros como él...

—¡Gazmoña del demonio!

Una imprecación que coincidió con el empujón a la puerta

entornada. Y con su disfraz de gondolero, Amalfi estaba grotesco. Pero sostenía en su velluda diestra un «Colt», también calibre 38, calculó Doyle poniéndose en pie.

—¡Lárgate, chica! —conminó Amalfi—. Tengo una cuenta que liquidar con este tipo.

Nela Romana parecía adormilada. Dijo con lentitud:

—Eres un fantoche, Amalfi. Un día de éstos te denunciaré al patrón. Siempre pretendes aterrorizar.

Amalfi no apartaba sus ojillos de Doyle, que manifestó:

—Disparar ante testigos es una idiotez que no cometes ni tú mismo, Amalfi.

Un rictus exhibió los aurificados incisivos de Amalfi.

—Has adivinado que no queremos testigos. Sal fuera.

La diestra de Nela describió una breve trayectoria. Contenía el tarro de carmín líquido, que se estrelló contra la nariz de Amalfi, entre los dos ojos.

Saltó Doyle, avanzando las dos manos. Levantó el puño armado del que, embadurnado con carmín, sangrando por la nariz, se tambaleó a uno y otro lado.

Alcanzado primero por el golpe del cañón de su «Colt», bajo la barbilla, y después, por el puñetazo en la sien.

Salió ella corriendo, tras exclamar:

—¡Un «Corsair», a la salida!

Llamó Amalfi:

—¡César! ¡Gian...!

Se inclinó hacia adelante repentinamente. Doyle hundía en su estómago la culata del «Colt» arrancado de su diestra. La culata duplicaba el puñetazo.

Acudían corriendo, y las suelas reproducían el eco de corpulencias. Al salir al corredor, entró Doyle en colisión con el primero de los que acudían a la llamada de auxilio. Siguió empleando la culata del «Colt». Que chocó contra la nuez del corpulento «echador», que retrocedió, tosiendo ahogadamente.

Esquivó Doyle la embestida del otro y, abalanzándose, subió por la escalera de caracol. Penetró en tromba entre un coro de cantantes de tarantela.

Por unos instantes, entre el público, pareció que aquel bólido humano era una atracción cómica. Saltaba de la rampa sobre una

mesita, que se rompió en estallido. Y corría en *sprint* hacia el cortinaje de salida.

Pasó Doyle con la misma celeridad ante el bar del vestíbulo, y ante el portero, que reaccionó cuando ya aquel cliente, acometido de un afán de prisa vertiginosa, llegaba a la acera.

Chirriaron los frenos del dos plazas «Corsair», y Doyle saltó al interior, cerrando la abierta portezuela.

Nela aceleró de nuevo y, al sentarse, dijo Doyle, resoplando:

—Resultará un deleite verte cenar, Nela.

CAPÍTULO X

Aminoró ella la marcha cuando el «Corsair» se aproximaba al cruce de Jefferson, que remontó. Se había echado sobre los hombros un abrigo.

Al permanecer él en silencio, dijo de pronto ella:

—Amalfi iba en serio.

—Creo que sí. Y me temo que te he complicado la existencia, Nela.

—Hace tiempo que le tenía prometido un mal golpe porque me importunaba. Y le diré a Massera que no pienso seguir actuando, si no despide a Amalfi. Es un mal sujeto. Tanto él como Bruno, su amigo.

—¿Sabes dónde tiene Amalfi su guarida?

—En los altillos del local. Con mucho personal del teatro. Y pienso decirle a Massera que esta vez Amalfi no pretendía atemorizar, sino que iba a disparar. No le convendrá a Massera tener a un pistolero entre el personal.

—¿Qué tal es Massera?

—Correcto. Se murmura que hace años fue un aventurero. Pero es inteligente y, desde que adquirió el teatro, se limita a su negocio. ¿Por qué quería Amalfi matarte?

Doyle emitió un leve silbido, a la vez que encogía los hombros.

Sonrió ella:

—Cada cual con sus secretos, Kit. Me halaga ahora más todavía que, sabiendo que corrías peligro, vinieses a regalarme unas flores.

—De plástico. Pero la intención las convierte en legítimas. Me vieron saltar a tu «Corsair».

—Pero nadie conoce mi dirección. No la doy nunca, y así me evito molestias. Lo creas o no, soy simplemente una artista.

—Te creo, porque necesito creer en alguien, y sobre todo en ti, Nela. Tu apellido es precioso.

—Pero de tablas. Me lo impuso así el agente que me contrató. Mi apellido es Gregor. Anabel Gregor.

—Prefiero Nela, ya que me temo que durará poco nuestra relación.

Ella conducía con precisión de larga práctica. Murmuró:

—Si puedo ayudarte en algo...

—Ya lo hiciste, dándome la ocasión de poder evitar que Carl me sacase fuera. No hubiese disparado delante de ti. Vives en un sitio ideal.

La alameda Rush equivalía al distrito parisienne de Montmartre. Gente de teatro y de todas las artes. Los cedros la identificaban. Una población flotante que no seguía el horario industrial.

Cuando el lechero iniciaba su reparto, los pobladores de Ceddar Alley empezaban a pensar en dormir.

Las casitas de elemental estructura, con su recuadro de jardín, estaban casi todas iluminadas. En algunas, la reunión de varias personas convertía en camarote superpoblado el escaso espacio.

Dejó ella el coche en uno de los garajes de alquiler, y, a pie, atravesaron ambos la alameda. Era maravilloso el equilibrio armónico de la bien proporcionada acróbata, pensó Doyle.

Entró en la única sala del número 55. Una estancia grande, con cocina y cuarto de baño anexos. Servía de alcoba el fondo de la sala, con una gran mampara separatoria.

Un amplio diván, dos sillones de juego, y una mesa de banquetas junto a la abertura de comunicación con la cocina.

Tiró ella el abrigo sobre un sillón. Se volvió, señalando la mesita.

—Voy a preparar un cóctel. Me agrada tu modo de ser, Kit.

Pasó ella a la cocina. Regresó, colocando sobre la mesita la licorera y el *shaker*.

—¿Alexander, *Gin Fizz*?

—A tu gusto, Nela. ¿Cómo es posible que no estés casada?

—Supongo que será que me agrada la independencia. ¿Y tú?

—Debe ser lo mismo.

Mezcló ella Bacardí, menta y angostura. Mientras sacudía la coctelera dijo:

—Sabes que soy contorsionista. Ignoro cuál es tu profesión.

—Detective privado.

—Debí figurármelo. ¿Qué ha hecho Amalfi?

—Eso es lo que pretendo averiguar.

Bebió ella un sorbo, y pasó de nuevo a la cocina. Minutos después, al volver, fue colocando sobre la mesita varios platos de cristal, con diversas combinaciones de fiambres y conservas.

—Si Massera sabe que Amalfi anda en malos pasos, se enojará, porque los avisó a todos. A cualquiera del personal que diera un tropiezo lo echaba.

—Sin embargo, parece ser que Amalfi circula libremente con su revólver.

—Resabios de perdonavidas. Él, César y Gianini, son como si dijéramos los tres guardianes del orden. Telefonaré a Massera, explicándole que Amalfi entró amenazando.

—No es preciso. Voy a volver allá.

Dejó ella en suspenso el tenedor, mirando, asombrada, a Doyle.

—Entonces, ¿por qué saliste huyendo?

—A eso le llaman retirada estratégica.

Levantándose, recorrió Doyle la estancia. Al volver a sentarse, dijo:

—Las pocas veces que entré en el Amassera, no podía figurarme que allí estaba la mujer de mis ensueños.

—Vine de Francia hace apenas un mes. Contratada para seis meses. ¿Por qué estás tan fúnebre, Kit? Aludiste a morir...

Doyle mostró las palmas de las manos, en gesto que acompañó con un encogimiento de hombros.

—Presentimientos, basados en una realidad. Persigo la pista de algo ridículo. Un objeto por el que ya han muerto, en un lapso de diez horas, dos mujeres y un entrometido como yo. Al entrometido lo conocía Carl Amalfi. Y lo peor es que tengo la certeza de que por el solo hecho de saber ya por qué murieron ellas dos, me pende la piel de un hilillo. Por esta misma razón, no te puedo contar más. Ya tengo la certeza, sin saber la causa, de que cuántos conozcan la existencia de cierto cacharro extravagante, son un mal negocio para las compañías de seguros.

Levantándose, se aproximó a ella y, al detenerse ante el diván, dijo:

—Hay un método sencillo de evitarte el peligro, Kit. Avisa a la policía, contándoles lo que sepas.

Rió Doyle.

—Sería una deshonra y, además, existe un inconveniente. Desde esta tarde, a las siete, la policía me anda buscando. Equivocadamente, me suponen mezclado en las muertes que te he contado. Pero ante un tribunal, las pasaría mal. Al menos, libre puedo indagar.

Sentóse ella, y sonrió mirándole fijamente.

—Te he de recordar siempre como desde el primer momento en que te vi. Tendiéndome unas flores, guiñándome un ojo y a la vez muy serio.

—Flechazo. Si en un momento de apuro, te pidiese alojamiento, ¿qué me contestarías?

—Este diván es también cama. Te lo cedo fraternalmente.

—Fraternalmente, ¿por qué?

—Eres enemigo de mis enemigos. Tanto Amalfi como Garvin me odian, y les correspondo. Todo empezó cuando los denuncié a Massera porque no me dejaban en paz. Y odio al que se confunda conmigo... Soy simplemente una artista, sola y sin amistades.

Alargó Doyle su brazo derecho, enlazando por los hombros a Nela.

—Fraternalmente, Nela, ¿me prestas tu «Corsair»? Solo, sin ti.

—Telefonaré al garajista.

—Eres deliciosa. Comprensiva, poco preguntona, y, si tengo suerte, no me iré de Cleveland sin hacerte una pregunta seria.

—¿Por qué has de irte de Cleveland?

—Aunque demuestre que yo no participé en la matanza del ámbar, la policía me echará.

—¿Ámbar?

—Te lo contaré más tarde. ¿Dónde podría hablar con Gene Massera sin estorbos?

Miró ella su reloj de pulsera.

—Hacia las doce toma lo que llama su tentempié en el pequeño restaurante del primer piso.

Susurró Doyle:

—Fraternalmente.

Ella permaneció quieta, mientras los labios le rozaban la mejilla. Al levantarse, dijo Doyle:

—Amuleto de suerte, Nela.

—Que te deseo de veras. A cualquier hora, sea la que sea, sabré que eres tú si golpeas aquel cristal. Como en Morse. Largo, corto, largo. Tres repiques y pausa. Un repique, pausa, tres repiques.

—SOS simbólico. Estaba al borde del naufragio de soledad, cuando me tropecé con un pedazo de ámbar. Y si para otros es una maldición, para mí el ámbar es amuleto, ya que así te he conocido. Hasta pronto, Nela.

Ella le precedió, abriendo. Se miraron en silencio. Pestañeó Nela.

Doyle no tuvo que inclinarse. Un beso suave. Pero en la calle, fue él quien pestañeó repetidamente.

Como abanicando la oleada ardiente que le envolvía.

El garajista nocturno colgaba el teléfono cuando entró. Y señaló el «Corsair». En el rostro se le leía una expresión de envidia.

Conduciendo, Kit Doyle silbaba alegremente.

CAPÍTULO XI

Jack Robert era fácil de localizar. Bastaba telefonear a cualquier club nocturno de categoría. Detuvo Doyle el «Corsair» ante el toldo del 411.

El periodista, instalándose a su lado, esperó a que pusiera de nuevo en marcha, para comentar:

—Te he sacrificado la compañía de la hija de Archibald Pickerton, el magnate de las correas transmisoras. Una preciosidad, que terminará mal porque es muy curiosa. Y estoy esperando el momento en que dé el traspies.

—Buitre de carne perfumada —sonrió Doyle—. Revolotea ahora un poco en torno a mi curiosidad. ¿No hueles a cadaverina?

—Un poco. Han venido a preguntarme si te había visto. Ayudantes del teniente Wilcox. Dije que no. ¿En qué laberinto te has metido, fenómeno?

—Ni yo mismo lo sé. Lo que he de pedirte es sencillo. Cuando yo baje del coche, tú lo llevas al aparcamiento frente al bar Amassera. Aguardas diez minutos. Después, te llevas el «Corsair» al garaje de Ceddar Alley número 36. Coges un taxi, por mi cuenta, y se acabó.

Roberts, uniendo las yemas de los dedos, fingió aplaudir, mientras decía:

—Y ahora, señoras y caballeros, les presentaré otro juego de manos tan plétórico de evidencias como el reciente.

—El sábado, a las once cuarenta, seré del todo explícito. Por ahora, navego un poco dando palos de ciego.

—Bien. Bar Amassera, entonces.

Apeándose, pasó Doyle al otro lado, mientras el periodista se instalaba tras el volante.

—Y si alguien te pregunta, no sabes nada de nada, Jack.

—Por vez primera, diré una verdad aplastante. O sea, que aparco allí, espero diez minutos, llevo el coche al 36 de Ceddar

Alley, cojo un taxi, que no me pagarás, y a esperar que vuelvas a tomarme por conejito de tus juegos de ilusionista.

—Exacto, Jack. Hasta pronto.

La taquillera del bar Amassera tosió significativamente para reclamar la atención del portero. Y la sonrisa profesional del portero se trocó en mueca de asombro.

—Hola. ¿Se acuerda de mí, Dux?

El remero veneciano asintió, receloso.

Señaló Doyle hacia el aparcamiento:

—En aquel «Corsair» hay un amigo mío, que avisará a la policía si me impiden pasear por el local. Transmita el chisme.

—Se hará lo que toca hacer —aseguró el portero, cediendo el paso.

En el bar se apiñaban congresistas con la escarapela en la solapa de una asociación de tejedores. Los camareros estaban atareados.

Al apartar la segunda cortina, permaneció Doyle unos instantes examinando el panorama. La pasarela extensible se había replegado. En la doble pista que quedaba entre las mesitas bailaban, a los compases de la orquesta.

A la medianoche, el bar Amassera tenía mucha clientela. Un ambiente ruidoso.

Un sujeto de anchos hombros, con chaquetilla blanca y pantalón negro, dejó sobre una mesita el cubo de champaña. Se aproximó.

Sobresalía levemente de la tirilla del cuello una venda. Al quedar junto a Doyle, masculló unas palabras.

Era César o Gianini. Pero lo que sí era seguro era que se trataba del que recibió el culatazo en la nuez.

Sonrió Doyle.

—Más fuerte, camarero. Más fuerte, que no me entero.

En tono confidencial, repitió Enzo Gianini:

—Hijo de perra.

Sus negros ojos relucían, rencorosos.

—Estás acatarrado —diagnosticó Doyle doctoralmente—. No me mires así, que me dan escalofríos, César.

—Enzo Gianini, para que me recuerdes bien.

—Estás afónico, camarero. No seas tan confianzudo, y condúceme ante el dueño.

Gianini echó a andar con rapidez hacia una escalera. En los

peldaños, dejó Doyle un intervalo prudente de distancia.

En otra ocasión precedente, y bastante parecida, había recibido un taconazo en pleno pecho.

Gianini empujó una cristalera en un entrante del pasillo del primer piso. Doyle examinó el restaurante. Seis mesas, muchos espejos y otra sala contigua.

Enzio Gianini se dirigió al único comensal que estaba saboreando, en vaso alto, lo que parecía ser vermut.

Alto y corpulento, el único cliente del restaurante tenía un rostro sonrosado, cabellos de un rubio cenizoso, partidos en dos por una raya en medio.

Un traje negro de tenues rayitas blancas, camisa blanca, corbata gris; zapatos de tafilete negro. Un galán maduro.

Fijó los ojos, de un claro azul, en Gianini, que saludó con la cabeza. Lo despidió con gesto autoritario.

Al pasar junto a Doyle, dijo Gianini con su afonía persistente:

—Nos volveremos a ver.

—Las pastillas de goma balsámica van de perilla, si te soplas un kilo sin respirar.

Avanzó Doyle hacia la mesa. El elegante rubio señaló a su lado una silla de otra mesa.

—Buenas noches. Creo que desea hablar conmigo.

—Si usted es Gene Massera, sí.

—Soy yo.

Atrajo Doyle la silla, sentándose frente al dueño del local.

Gene Massera aplicó la palma sobre un timbre de mesa. De la sala contigua apareció un camarero que, pese a su corpulencia, parecía deslizarse sobre patines de ruedas, en su apresuramiento.

—¿Jerez? —inquirió Massera.

—Prefiero *bourbon*.

—*Bourbon* para el señor, César. Para mí, jerez, y «mariscada».

Repitió César Chiesa su exhibición de deslizamiento, y el florentino añadió:

—Nada mejor que las ostras para esclarecer el cerebro, señor Doyle. Me ha contado Amalfi una serie de incongruencias. Me ha mentado, pero, en consideración a que necesitaba unas horas de reposo, he transigido, en espera de saber lo que está sucediendo.

—A eso he venido. ¿Sabe cuál es mi profesión?

—Detective privado.

—Mi gremio no debe serle simpático.

Gene Massera no se esforzaba en aparecer indiferente. Unos cuarenta y cinco años, calculó Doyle, vividos intensamente.

—Hubo un tiempo en que les consideraba desagradables, obligados a ser matones. Pero cada cual debe ganarse el sustento como mejor pueda y sepa.

Reapareció César. Con destreza, distribuyó copas, frascos y el servicio en torno a la cesta de cristal, con sus conchas conteniendo ostras abiertas, langostinos en canapé, rizos de mantequilla y pan tostado.

Se marchó, empujando el carrito. Comentó Doyle:

—Un mayordomo de película. También sirve para embestir.

—Usted soslayó la embestida. Si no considera excesiva mi curiosidad, no me desagradaría saber lo que le inspiró el vehemente deseo de abandonar velozmente mi local.

—Un afán elemental. Llevaba todas las de perder, si Gianini o ese mayordomo me atrapaban. Al que escandaliza en camerinos, le pueden zumbar de lo lindo, sin que tenga que pagar la clínica el dueño.

Massera manejaba el tridente y el cuchillo con gran pulcritud. Sorbía las ostras con envidiable distinción.

Bebiendo su segundo *whisky*, Doyle se encontró eufórico.

—Corrijame si me equivoco, Massera. Usted aspira a la respetabilidad.

—Así es, pero le corrijo. No aspiro a lo que ya tengo bien ganado.

—Es decir, que si antes traficaba con asiduidad, ahora lo hace por etapas, ¿no?

Gene Massera se limpió los labios, antes de beber un poco de jerez. Al dejar la copa, afirmó:

—Hace tiempo que tengo el dinero suficiente para sólo traficar en negocios legales y bien visibles.

—Pero entre su personal tiene pistoleros.

—Redimidos. Si se refiere a Garvin, Amalfi, Gianini y Chiesa, fueron maleantes. Pero son italianos como yo, y les he proporcionado ahora un trabajo decente.

—Con esta herramienta.

Doyle colocó sobre la mesa un «Colt» 38. Añadió:

—Es de la casa. Pertenece a Carl Amalfi.

—Tiene licencia. No ignora usted que, a veces, hay aprendices de *gangster*, que creen todavía que en Cleveland pueden repetirse faenas como en la década del 25 al 35.

Al timbrazo, había acudido Chiesa, quien, a una señal, recogió el «Colt».

—Es el de Carl. Cierra esta puerta y la de comunicación, César. Se sirve a la clientela en la otra sala.

Obedeció Chiesa con prontitud. Vacío Doyle su tercer *whisky*.

—Carl penetró en el camerino esgrimiendo un arma sospechosa. No porque puede matar a quien la emplea, sino porque ha causado ya dos muertes. Pero le estoy relatando los acontecimientos por el final.

—Cuénteme sólo lo que me incumba. Por lo pronto, Carl Amalfi ya no trabaja en mi local. No sabe dominar su mal genio. Debió encresparle verle a usted con Nela.

—Me gusta horrores Nela. Y parece ser que le caí bien.

—Lo celebro. Bebe usted como un cosaco sediento, Doyle.

—Y usted traga fósforo, que es un contento verle. ¿Tiene idea de por dónde anda Garvin?

—Aquí empezaron las incongruencias de Carl. Pretende que usted mató a Bruno Garvin.

—Esta madrugada, Garvin, que me había robado la llave duplicada, me esperaba en mi domicilio. Me atizó un toque. Pude amarrarlo a la bañera, hasta que desperté. Necesitaba mucho despejarme la sesera. A las once, me dijo que me apartase de una chica llamada Stela Todd.

—He leído algo referente a ella.

Apartó Massera la cesta de cristal, y toda su elegancia desapareció. Se enjugaba la boca ruidosamente con un sorbo de jerez. Y al terminar dijo:

—El mejor de los dentífricos.

—Prefiero el *bourbon*. Decía que Garvin pretendió apartarme de Stela. Induciéndome, por lo tanto, a ir a verla. Fui. Estaba muerta. El teniente Wilcox me miró con sospecha, pero pude salir del apuro. Usted ya sabe lo que pasa cuando uno se emborracha. Mientras, no se entiende nada. Se limita uno a escuchar. Al día siguiente,

vuelven los ecos, y se asimila. Stela Todd me habló de una figurilla de ámbar.

Gene Massera cerró el encendedor y exhaló el humo del habano, manteniéndolo mordido con los incisivos.

Sus claros ojos azules expresaban indiferencia. Miraba al bebedor de *whisky* como quien contempla un ejemplar difícil de catalogar.

—A las cinco de la tarde fui a visitar a Bess Gordon, últimamente la gran amiga de Stela. También ella creía en el maleficio de la figurilla de ámbar.

—¿Por qué me cuenta a mí todo eso?

—Por la intervención de dos de sus empleados.

—Si una de las bailarinas se casa con un bígamo o una artista se enamora de usted, lo lamentaré, pero no me incumbe.

—Se lo explico para que comprenda que Amalfi no le contó incongruencias. Estaba yo en el piso de Bess Gordon, esperando que volviese de una cita y que siguiera hablándome del ámbar maldito, cuando entre Garvin y Amalfi me convirtieron, por sorpresa, en un fardo ambulante. Amalfi se fue, aunque tengo quien le identificó. Y Bruno se dispuso a liquidar a un inocente taxista. Se lo impedí. Puede también borrar del personal a Bruno Garvin. Pero con una cruz y las tres mayúsculas de rigor.

«R. I. P.».

—Apenas abandone usted esta sala, telefonearé a la policía, transmitiendo lo que acaba de decirme.

Doyle tendió la mano hacia un punto vago.

—Ande, telefonee ya.

—Supongo que usted se amparará en la legítima defensa, pero a mí me interesa dejar bien esclarecido que no tengo responsabilidad alguna por lo que privadamente, y fuera de mi establecimiento, puedan hacer mis empleados.

—Comprendo su punto de vista. Y ya que estima su honorabilidad actual, facilíteme una entrevista con Amalfi.

—Mañana a las once. Antes, no puede ser.

—¿Por qué?

—Ignora usted su propia contundencia, Doyle. Aparte la nariz rota, Carl tiene conmoción, y sólo pudo decir unas incongruencias antes que la ambulancia lo transportase a la clínica Everton. Lo

anestesiaron, para operarle de fractura facial.

Doyle se levantó, tras apurar el quinto *whisky*, seco, sin soda.

—Encantado de haberle conocido, Massera.

—Le acompañaré hasta la salida. Es preferible.

La vida reposada había dado leves adiposidades al florentino, aunque seguía siendo capaz de tumbar a un hombre desprevenido, de un sólo puñetazo.

Pero Gene Massera ya había prescindido de golpear personalmente, pensó Doyle, al llegar al vestíbulo de salida. Hizo una seña, y el portero acudió, presuroso.

—Siempre que el señor Doyle venga a visitarnos, es invitado de la casa. Buenas noches, Doyle.

—Que lo sean para todos, Massera.

Aguardó Doyle el taxi que el portero había llamado con su silbato. Al entrar, dijo, mirando al chófer, pero lo suficientemente alto para que le oyese el portero:

—Al Mónaco, Jimmy.

CAPÍTULO XII

Bajando del taxi, tras pagar, esperó a que se alejase. No había niebla cerrada, sino leves vellones blanquecinos, aquella noche del jueves. No entró en el Mónaco.

Utilizó otro taxi, apeándose ante la clínica Everton.

—Aguárdeme, Jimmy.

La enfermera de servicio examinó el carnet que mostraba Doyle. Habló por un dictáfono:

—Un detective solicita visitar a Carl Amalfi, número 55, doctor.

—Que pase a verme.

Señaló ella una puerta. Doyle volvió a mostrar su carnet a un individuo de blanco batín y rostro poco amable.

—Oficialmente, no está usted autorizado a visitar a nadie en esta clínica, señor Doyle.

—De acuerdo, doctor. Al igual que mi título, es privadamente como quiero ver a Amalfi.

—No recobraré el sentido hasta media mañana.

—Quiero solamente verle. No hablarle, ni oírle.

—Ya que está aquí, puede mirar al número 55.

El médico precedió a Doyle hasta una habitación del tercer piso. Se mantuvo a un lado de la cama en que yacía Amalfi, vendada la cabeza y parte del rostro.

Inclinado, reconoció Doyle a Amalfi, cuya respiración era muy tenue. Al incorporarse, dijo:

—Le agradecería enormemente poder echar un vistazo al parte de entrada.

—No hay inconveniente.

En su despacho, el médico manipuló en un archivador, y extrajo una cartulina. Leyó:

«11,10 h.

Ingresa Carl Amalfi, procedente número 97, bajos, avenida Bolton. Solicitud de ambulancia desde la misma dirección. Fractura frontal, contusiones incisocortantes nariz, magullamiento maxilar, fractura base esternón. Intervención de urgencia».

—Éste es el parte clínico, doctor.

—La policía ya tenía su informe. Nos lo comunicó cuando telefoneamos. Puede enterarse en la inspección de guardia, calle Catorce.

—Yo fui el último en ver en pie a Amalfi. Tenía la frente intacta.

—Pues precisamente es la fractura frontal la que puede muy bien impedir que el número 55 recupere el sentido. Fue un culatazo repetido.

—¿Podía hablar Amalfi, tras recibir este doble culatazo?

—Podía o no. Se dan casos. De todos modos, si habló, no coordinaría.

—Gracias, doctor.

En el taxi, Doyle trató de resumir sus impresiones.

Los primeros en acudir habían sido Enzo Gianini y César Chiesa. Pero Gianini estaba con la garganta contraída desagradablemente.

César Chiesa servía personalmente a Gene Massera.

El taxi se detuvo cerca de un garaje de la avenida Bolton. Desde el bar de la acera de enfrente, telefoneó Doyle.

Un soñoliento mecánico informó que, en efecto, era el garaje Swanson.

—Quiero alquilar un «Lincoln», modelo Swift —indicó Doyle.

—Tenemos dos de modelo más reciente.

—Un conocido mío me informó que encontraría el modelo Swift en su garaje.

—Está. Pero la policía lo selló. Oiga...

Colgó Doyle. El viejo Wilcox había cumplido con su deber.

Arañó suavemente, antes de repicar tres veces consecutivas, espaciando para ir transmitiendo la señal convenida.

Se abrió la puerta. Una cadenilla la mantenía entornada. Entre gasas rojas, vio destellar el acero de una pequeña pistola.

La cadenilla colgó del garfio. Y, entrando, cerró Doyle. Silbando, admirado.

Dijo Nela:

—No podía dormir, Kit.

Seguía empuñando la pequeña automática. Suelos los negríssimos cabellos en torno al blanco rostro, envuelta en gasa roja, Nela era la viva imagen de la seducción paradisíaca.

—¿Cuántos conocemos este SOS?

—Tú solo, Kit. Pero pensé que podía ser un ardid de Amalfi, que pudo oír mi dirección y también pudo espiar.

—Amalfi está en una clínica, hecho papilla.

Doyle señaló la coctelera sobre la mesita.

—Un tónico para despejarme, Nela. Estoy sediento.

La contempló, mientras preparaba el combinado. Tuvo que pasarse la mano por el rostro. Lentamente. Desde la frente a los labios.

—Suave y alimenticio, Nela. Estuve hablando con Massera. Un hombre inteligente.

Se tumbó de lado en el diván, echando atrás la cabeza. Ella se sentó al filo del diván, presentando la copa.

Bebieron, y recogió ella la copa, dejándola en la mesita cercana. Las pantallas daban transparencias sonrosadas.

Al volver ella a sentarse, quedó aprisionada por la cintura.

—Por esta noche se acabó el trabajo, Nela. Tengo ya entre cejas un negocio de muchos miles. Por la mañana, me daré un paseo... ¿A que no sabes adonde?

—Estás mareado, Kit.

—De amor, pasión y euforia. Si acierto, que acertaré, voy a tapizar el suelo que pises con billetes de mil. Se acabaron los serpenteos en público. Contorsiones privadas para un marido ideal. Dame un beso, Nela.

Tras larga pausa, cerrados los ojos, comentó Doyle:

—Después, me cantas la nana. Pero ahora has de creermelo si te juro que trenzaré una alfombra de billetes de mil bajo tus pies.

Emitió Doyle una risita y un hipo, antes de añadir:

—Hautlenissei, la bayadera hindú, protege las urnas de los antepasados. De ámbar puro, y rota por la base. Vale miles. Fíjate si vale, que han muerto ya cuatro personas.

—Dijiste tres, Kit.

Olía a menta y canela. Menta de labios, canela de piel.

—Déjame contar. Primer ámbar maléfico: Stela. Segundo: Bruno. Tercero: Bess. Cuarto: Amalfi.

—¿Amalfi?

—El hombre se equivocó, al imaginarse que le dejarían vivir pisándole yo los talones.

Canturreó Doyle:

—«Coro chirimbolo, duérmase el rorro. Un besito y a soñar».

Susurró ella:

—¿A qué hora debo despertarte?

—Ocho y cuarto. Porque los técnicos en ámbar se despiertan pronto. Otro besito, Nela.

Doyle se quedó totalmente quieto. Respirando profundamente.

Ella se levantó, cerró la luz y se oyó un frufrú tras el biombo.

Ya no eran gasas, sino un albornoz. Y el cabello no estaba suelto, sino recogido en redecilla.

Volvía a ser fraternal. Y mientras presentaba la bandeja con el desayuno, sonrió con ojos cariñosos, exenta de toda seducción aparente en sus ademanes.

—Viniste algo mareado anoche, Kit.

Sentado al borde del diván, bebió Doyle la sal de frutas y el jugo de naranjas. Al dejar el vaso en la bandeja, rió, eufórico:

—He dormido unas horas plenamente a fondo. Así podré asimilar enseñanzas tan áridas como son las referentes a piezas de ornamentación fúnebre. Museo de Totemismo, donde están los técnicos en ámbares hindúes, y de todas clases. ¿Quieres telefonar a la clínica Everton, por favor?

Buscó ella en el listín.

—Pregunta cómo sigue Amalfi.

Al cabo de unos instantes, colgaba ella el aparato. Miró con expresión asustada a Doyle.

—Ha muerto a las seis y veinte. Colapso.

—Ya perdido por un cesto, puedo hacer diez más. Me han endilgado responsabilidad en la muerte de Bess Gordon. Y ahora me acusarán de homicidio involuntario.

—Yo fui testigo...

—Perdona, pero ya estabas fuera cuando aún se mantenía Amalfi en pie. Escucha, Nela... Para nada y a nadie menciones el ámbar, hasta que yo no te pueda asegurar que no existe peligro

alguno. Volveré a media tarde. ¿Estarás aquí?

—Estaré, cariño.

Aquella dulzura justificaba una manifestación apasionada. A la que ella correspondió.

Al lograr desprenderse, sinuosamente, casi acrobáticamente, dijo ella:

—Te andará buscando la policía.

—Hace años que jugamos al escondite. Al final, hacemos las paces. Somos perros y gatos del mismo cubil.

—Puedes disponer del «Corsair».

—Sería comprometerte. Sobran taxis. Hasta luego, ricura.

Aguardó ella, como una esposa enamorada, a que él entrase en un taxi, y apenas hubo ondeado la mano por última vez en visibilidad, cerró para correr hacia el teléfono.

Marcó unos números y dijo:

—Urgente con Dustin Kramer. Comuníqueme que Kit Doyle va al Museo Tótem.

CAPÍTULO XIII

A las nueve, al coger la llave en la rendija del buzón y entrar en la casa de Joan Farnum, Kit Doyle tenía dolor de cabeza.

Y mucho sueño. Pasarse cinco horas fingiendo dormir, pero atento a cualquier rumor sospechoso, resultaba agobiante.

Encontró un pijama de franela gris. Y unas zapatillas. Por lo visto, el capitán Farnum tuvo predilección por el gris.

Se durmió profundamente.

No oyó entrar a Joan Farnum. También ella solía vestir de gris, sobriamente, sin pintarse. Casi severamente.

A la media hora de haber regresado a su casa, Joan Farnum se miró con bastante vergüenza en el espejo del cuarto de baño.

Los cabellos castaños desparramados sobre los hombros le daban un aire equívoco, acentuado por el vestido negro que había comprado aquella mañana.

El teniente Wilcox había consentido en emplear un taquígrafo masculino, reemplazando a la que telefoneó diciendo que necesitaba urgentemente disponer de veinticuatro horas.

Aquel vestido negro acreditaba habilidad en su creadora. El cuello en pronunciada «uve» y la minifalda, resultaban detalles indecorosos, pensó Joan.

El zapato de alto tacón, con tirilla tobillera, era procaz, meditó. Y colmaba ya la provocación, la media gris oscuro con talón y costura negras.

Pero todo ello, según se informó, era la vestimenta predilecta de la clase de damiselas que frecuentaba Doyle.

Con la decisión de quién se zambulle en agua helada, Joan Farnum, abandonando el cuarto de baño, fue a descorrer el «Gradulux».

Le molestaban un poco las pestañas recargadas de *rimmel*.

Kit Doyle bostezó, se incorporó y, frotándose los ojos, declaró:

—Vaya colchón más estupendo, Farnum.

La oyó sentarse en un sillón cercano, y añadió:

—Contigo sí que se puede estar fraternal y...

Se interrumpió, dando un respingo y dilatando los ojos al máximo.

Contemplaba, asombradísimo, primero el rostro con abéñula azul, en los párpados, *rimmel* negro en las pestañas, un color tirando a malva en los labios.

Y ella, cruzando las piernas, sonrió con perversa mueca, tal como las fotos de las grandes seductoras cineastas y televisivas.

—Hola, chico.

Hasta había mudado la voz. Tenía gangosidad, dejó barriobajero.

—Pero... ¿qué..., qué demonios te ha pasado, Joan?

—En mi casa, me gusta ser una mujer y no Farnum. Tú sólo me viste como me veía el teniente Wilcox. Pero en mi casa, y para acompañar a mis conocidos, visto cómo una mujer y no como un trasto rematado en bolígrafo y libreta... «Tome nota, Farnum», «Bastará por ahora, Farnum», «Hasta luego, Farnum»...

Torcía ella la boca, imitando a Wilcox.

Doyle rió unos segundos. De pronto, saltó de la cama.

Y ella cerró los ojos, trémula, estremecida. Se sintió levantada en vilo y gimió, asustada.

Esperaba algo de pasión, pero no tanta.

La llevaba en volandas, abrazada.

Y chilló ella, ofendidísima, al sentir en su rostro el frote de una esponja chorreante.

En pie, estabilizada, se cubrió el rostro con las manos porque el carmín, la abéñula y el *rimmel* habían mezclado sus gamas.

Le escocían los ojos, y se inclinó para que el chorro de agua del grifo le calmase el escozor.

A su lado, manifestó Doyle secamente:

—Eres libre de acompañar a tus conocidos disfrazada de Cleopatra psicodélica, pero conmigo te comportas como con el viejo. Déjanos a los dos en la creencia de que eres una muchacha nacida para esposa de un hombre idealista. ¿Conque «Hola, chico», eh? Yo conocí a tu padre. ¿Ya no recuerdas lo que me dijo?

Lloraba ella por la picazón del *rimmel*.

—¿Qué me dijo el capitán Farnum, Joan?

Gesticulando e indignado, estaba guapísimo, pensó ella. Aunque el pijama le viniese corto.

—Dijo que, si volvías a llamarme guapaza, te perseguiría a tiros hasta la frontera canadiense.

—No era esto a lo que íbamos a parar, caray. Me dijo que tú eras una mujercita casera. ¡Vaya con lo casera que estabas hace poco! Si te ve el teniente Wilcox, de la impresión se traga la pipa. Bueno, no es que estuvieras pocha, ni mucho menos. Estabas verdaderamente fenomenal... ¡Pero no debes vestirme así! Ahueca, que voy a mudarme. Y necesito una ducha bien fría.

Joan pensó que el más listo de los hombres era un cándido cegato.

Cualquier mujer se habría dado cuenta de por qué ella se había transformado en vampiresa excitante.

Anudándose la corbata, reapareció Doyle. Se dirigió a la mesa.

—Caldo, y huele ricamente, Joan.

Sin pintura, pero suelto el cabello, y sin haberse cambiado de indumentaria, dijo Joan:

—No he ido al despacho. No volveré hasta mañana a las once. Y no puedes prohibirme que en mi casa vista como mejor me parezca.

Sorbido el caldo, Doyle miró amorosamente la fuente de salmón y legumbres bañándose en mahonesa. Se sirvió y dijo:

—Eres muy dueña de tener tu vida particular, pero ni a Wilcox ni a mí nos gustan las chicas excesivamente modernas.

—El teniente está que bufa. Debido a un parte referente a Carl Amalfi, agredido por ti...

—Después te dictaré. No me suponía yo que tuvieras conocidos que te lleven a bailar, al cine y a paseítos por el parque.

—A bailar tan sólo. ¿Qué te figurabas?

—Pues que tendrías novio formal. No pueden ser formales los que te acepten pintada como una mona. Claro que la fachada no quiere decir nada, pero la mujer decente, además de serlo, tiene que aparentarlo. Caray, te echo un sermón y te mondas.

—Porque tú eres el menos indicado para sermones.

Pasó ella a la cocina. Pensó Doyle que poseía una seducción de mucha mejor ley que Nela.

Antes de irse de Cleveland, le hablaría a Wilcox de aquel caso

particular. La ayudante Farnum que, en su casa y para acompañar a conocidos, se convertía en una preciosidad seductora.

Porque sin maquillajes, que no le hacían falta, y vistiendo así, quedaba deliciosa.

—Tarta de crema y café. Pero esto es todo un festín, Joan. Te sienta bien el vestidillo ése. Y hazme caso. Sin pintar, estás mucho más bonita.

Cuando apuraba su segunda taza, Doyle, levantándose, volvió a su principal preocupación.

Paseó, mientras dictaba:

—«Apenas llegué al bar Amassera, advertí que mi visita era esperada. Había circulado mi descripción. Cuando apareció Nela Romana, la contorsionista, actuó con inteligencia en mi honor. De por sí emana fascinación sensual. La empleó en red sutil. Me dejé pescar. Se presentó Carl Amalfi, que era evidente dominaba unos grandes deseos de romperme la cara. Los dominé yo también, y pasé a declararle mi repentino amor a Nela».

Deteniéndose, Doyle comprobó que las cruzadas piernas de la taquígrafa eran un portento. Continuó paseándose para poder concentrarse.

—«Excelente actriz ella. Muy mal actor Amalfi, cuya irrupción fue de una truculenta necedad. He deducido que le ordenaron amenazarme. Y ella, lanzando un tarro de carmín, tomó parte en el plan. Salió, citándome en su coche, que me esperaba. Yo salí en truculenta escapada pública. Pero dejé a Amalfi simplemente sonado. Nela me elogió a Massera, y despotricó de Bruno y de Amalfi. Me ofreció refugio, si lo necesitaba. Con su coche, regresé al bar Amassera».

Entusiasmado, contempló Doyle el inclinado busto de la taquígrafa, y comentó:

—Es curioso lo que cambia una muchacha cuando se viste de un modo distinto. ¿Quién es tu novio actual?

—Todavía no me he decidido.

Y recordando ella el estilo de *Baby Diamonds*, la última interrogada en el caso de las coristas escandalosas, añadió:

—Tengo cuatro en el retortero.

—Retortero, retortero —gruñó Doyle—. Es formidable las sorpresas que le dan las mujeres al más pintado.

—A ti nada puede sorprenderte.

—Tú, sí... Tienes el cabello color miel, y una tez de orquídea, que era criminal que intentases cubrir con pinturas.

Íntimamente gozosa, recordó ella:

—Estábamos cuando regresaste al bar Amassera.

—Eso es.

Volvió él a resumir sus andanzas:

—«Gene Massera se comportó como un capitán de barco que no responde de las fechorías de sus tripulantes, fuera de cubierta. Desempeñó perfectamente su papel de hombre al que le dejan indiferente los pedazos de ámbar, porque sabía que Nela ya se ocuparía de sonsacarme. Fui a la clínica Everton. Comprobé que Amalfi no estaba tal como yo lo dejé. Le habían dado tres culatazos en la frente. Una faena clara. Atribuirme a mí su muerte. Y así silenciarle, puesto que ya estaba descubierta su participación, en alianza con Garvin en las muertes de Stela y Bess. Bebí lo suficiente ante Massera para justificar mi renombre. Y le confié a Nela mi seguridad de que el ámbar de Hautlenissei, por el cual habían muerto Stela, Bess y Amalfi, me valdría montones de miles, apenas consultase yo en el Museo Tótem, al que no fui. Esta tarde pondré al rojo vivo a Gene Massera. Punto final».

Cerró ella la libreta. Doyle, al colocarse la canadiense, volvió a contemplar a Joan que, en pie, adoptaba la actitud de Rita Farek, otra de las interrogadas en su domicilio, abundante en rosas, negros y lilas.

Se ahuecaba el cabello ante el espejo, en alto los codos, y avanzando el busto.

Doyle se pasó lentamente la mano por la frente, nariz y labios. Dijo con cierta ronquera en la voz:

—Estás endemoniadamente bonita, Joan.

—Eso me dicen todos fuera de las horas de servicio, Kit.

Miró Doyle los dos cuadros representando a los autores de aquella maravillosa filigrana recién descubierta. Dijo:

—Si me invitas a cenar, acepto.

—Quedas invitado.

Hasta para decir aquello, resultaba una tentación su modo de sonreír, entornando los párpados.

Doyle se cogió por la manga izquierda, conminándose:

—Fuera, chico. Mente clara y espíritu alerta.

Pero ya en el umbral, se volvió. Y Joan cerró los ojos, esperando ilusionada. Lo que oyó la defraudó:

—Toma nota, Joan. Me olvidé lo importante. Anota... A las ocho y media pagué una nota radiada. En la cadena de emisoras de Ohio, intercalada entre la crónica de sucesos. Es la clave del asunto.

Apenas hubo salido Doyle, se abalanzó ella a la radio. Faltaban minutos para la quinta emisión de sucesos.

Y oyó el intercalado:

—«Noticia suplicada para los aficionados a tallas en ámbar de sepulcros hindúes. Se ruega a quien esté dispuesto a adquirir una legítima reproducción de bayadera Hautlenissei, envíe ofertas urgentes a la siguiente dirección: “Box 153, Terminal *Tour*”, donde serán recogidas y estudiadas por el poseedor de la valiosa talla de ámbar».

CAPÍTULO XIV

Al este de Cleveland, la Torre Terminal se yergue, cilíndrica. Treinta y ocho pisos ceñidos por una ascendente pista de coches, que en la terraza final pueden aparcar.

Pasó Doyle por el mostrador de pago en que, a cambio de un dólar, renovable cada veinticuatro horas, le fue entregada la llave número 153, solicitada telefónicamente a primera hora de la mañana.

Una vez utilizada, debía devolverla al encargado de las hileras de cajas metálicas con ranura para correspondencia.

Abrió, recogiendo varios sobres. Devolvió la llave, y fue a sentarse en un banco entre los dos púlpitos desde los cuales un policía, que no regulaba ningún tránsito, ejercía su vigilancia sobre la densa oleada de idas y venidas.

Tiró Doyle al cesto de papeles los folletos de propaganda ofreciendo antigüedades, libros raros y toda clase de artículos ajenos al ámbar. Releyó la carta sellada, procedente de un anticuario famoso en la ciudad por sus dictámenes periciales:

«Señor:

»Hemos oído su petición, y lamentamos defraudarle. La figura de ámbar de la bayadera Hautlenissei que sirve de asidor para urnas funerarias en Pondichery y Malabar, excolonias francesas de la India, carece de valor monetario. Siendo de puro ámbar, su valor, a lo sumo, alcanza unos cincuenta dólares, si no está deteriorada. Hemos creído nuestro deber informarle, en evitación de un error, o para que presente usted la oportuna denuncia, si le fue vendida por un comerciante desleal en su trato.

»Aprovechamos la ocasión para ofrecerle nuestros

servicios».

La guardó.

Le quedaba tan sólo otro sobre, que rasgó para ir leyendo con creciente satisfacción:

«Muy señor mío:

»Siendo experto en antigüedades, recibí hace tiempo el encargo de un cliente para la búsqueda de un Hautlenissei de ámbar puro, para completar su colección. Estaría dispuesto, cuanto antes posible, a tratar sobre su precio, anticipándole que el margen inicial que me fue autorizado asciende a ocho mil quinientos dólares. En la espera de su pronta visita, le saludo,

»*Alec Ralston*».

El encabezamiento del papel decía:

«Alec Ralston.

»Experto joyero.

»Lakewood, 556. Tienda 3.^a.»

El interior de la tienda tercera del número 556, en Lakewood, era ultramoderno, con luces indirectas y tapices de espeso mullido. En larga vitrina de joyero, reposaban collares, brazaletes y numerosos aderezos de artífices antiguos.

Un hombre de unos cuarenta años, camisa blanca, traje negro a rayas, apoyó ambas manos sobre una de las largas mesas, y sonrió, invitante.

Pensó Doyle que tenía cara de sacristán glotón.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirle?

Colocó Doyle la carta sobre la mesa. El joyero la recogió, leyéndola rápidamente, y comentó:

—En efecto, creo que hace algún tiempo nos visitó una señora con la petición de un Hautlenissei. Generalmente, no nos dedicamos a antigüedades de ámbar, pero dicha señora es cliente importante de nuestro establecimiento.

—¿Cómo se llama esta cliente?

—La recibió el señor Ralston.

—¿Puedo ver al señor Ralston?

—Está en su despacho. Supongo que le atenderá al instante.

Doyle siguió al dependiente hasta una puerta que, al abrirla, mostró un despacho. El dependiente se apartó para ceder paso y, entrando, oyó Doyle que cerraba la puerta.

El despacho estaba vacío.

El que parecía dependiente dijo:

—Yo soy Alec Ralston.

Y sintió Doyle entre sus omóplatos la presión inconfundible de un revólver. Pero la voz de Ralston seguía siendo cortés.

—Tenga la bondad de avanzar unos pasos, Doyle.

El cañón se hundió un poco más, y se encontró Doyle guiado hacia una de las paredes.

A su espalda, la voz cortés indicó:

—Ahora, Doyle, manténgase con las manos en alto contra la pared, separando los pies unos veinte centímetros aproximadamente.

Obedeció Doyle dócilmente. Una postura que permitía el rápido cacheo.

Alec Ralston extrajo su «Colt» 38, guardándolo.

—Manténgase quieto mientras se vuelve.

Se volvió Doyle.

Y vio al joyero distanciado.

Vio también a Gene Massera y a César Chiesa, que vestía librea de chófer.

Gene Massera se sentaba en la esquina de una mesa. Mordisqueando un habano.

Chiesa esgrimía un «Colt» alargado por un silenciador.

Silabeó Massera:

—Regrese a sus tareas, Alec.

El joyero entregó el revólver arrebatado al visitante, y abandonó el despacho, contra cuya puerta, desde dentro, se respaldó Chiesa.

Inquirió Doyle:

—Mayordomo, secretario personal, chófer, ¿y qué más?

—Tirador de primera —aseguró Massera—. Vivo no valía usted mucho, pero muerto representa más del millón.

—No sea cándido, Gene. Si he venido aquí fue porque me olía la trampa.

Impasible, rebatió el florentino:

—Lo mismo diría la perdiz, si pudiera hablar, cuando la llevan a la cazuela.

—La perdiz acudió al reclamo, pero me valora usted en muy poco, Gene. Vivo, valgo mucho. Un ejemplo práctico. Yo tengo el Hautlenissei.

Encogió Massera los hombros, cambiándose el habano de comisura labial.

—Un pedazo de ámbar que no vale ni un billete grande.

—Es posible, pero que ocasionó las muertes de Stela y Bess. Si dentro de diez minutos no salgo de aquí, tendrá usted a toda la brigada de Wilcox encima.

Massera denegó con la cabeza.

—Tengo su ficha, Doyle. Un vanidoso, que en todas las investigaciones aguardó el momento final para dar el golpe sensacional, revelando el resultado de sus pesquisas. Y ésta es su última investigación.

Era evidente que, de un segundo a otro, iba a disparar.

Pero Doyle miraba a Chiesa, al decir:

—Fuera tengo un ayudante, Gene.

—Me gusta oírle ensartar embustes. Desde que tocó la caja 153, hasta que ha llegado aquí, César le ha seguido paso a paso. Usted no habló con nadie, y vino directamente.

Aquel despacho interior carecía de ventanas. La iluminación era eléctrica, y el aire, acondicionado.

Dijo Massera:

—No piense majaderías, Doyle. Tiene la suficiente experiencia para comprender cuándo un solo movimiento en falso es perjudicial para la salud. Usted ha cometido el grave error de imaginarse que estar en posesión del ámbar era su salvoconducto. Ya no lo poseía Stela, y, sin embargo, murió. Porque no era su posesión lo importante, sino saber quién lo tuvo primero.

Sin apartar la vista de la diestra de Chiesa, asintió Doyle.

Proseguía Massera:

—Lo sabía Stela, y lo supo, después, Bess Gordon. Por último, usted ya se ha dado cuenta de que es el único que podría relacionar

Hautlenissei conmigo y Ralston.

Mirando la mano de Chiesa como fascinado, Doyle, que mantenía las suyas ante el pecho, separadas y abiertas, conoció prácticamente una de las antiguas habilidades de Gene Massera.

Lo que parecía un cinto, con el que jugueteaba enrollándolo, era una correa con muelles unidos a una cuerda.

La correa rodeó los antebrazos de Doyle. Hubo un tirón, y se encontró unidas las manos, atraído hacia adelante.

Simultáneamente al gesto rápido de Massera, se abalanzó Chiesa.

La cuerda atrajo hacia adelante las manos de Doyle, en vuelta en torno a su cintura.

Tras él, Chiesa apoyó el revólver en su nuca, mientras retenía el final de la cuerda en cinto apretado.

Dijo Chiesa:

—Caminando.

Gene Massera abrió una puerta lateral.

Daba a un garaje y a un almacén. Un «Packard» esperaba.

Apartándose un poco, sonrió Massera.

—Un paseo por las afueras, Kit.

La esperanza renació. Un camión podía...

Se tambaleó Doyle, porque inesperadamente acababa Massera de propinarle un derechazo en la carótida.

Se equilibró en pie porque Chiesa le ayudó con un izquierdazo al costado.

Massera tomó impulso para aplicar el doble gancho al estómago, mientras Chiesa golpeaba con la culata tras la oreja.

Doyle volvió a quedar de bruces entre el respaldo del asiento delantero y el asiento posterior.

Vio la manta amontonada en un rincón, a su lado. Descansaba él la cabeza sobre el asiento, contraído en violenta postura.

Y oyó la despedida del que permanecía en el garaje:

—Esta vez sin retorno, Doyle. ¡Andando, César!

Le habían atado también los tobillos, mientras se recuperaba de los efectos de la brutal y breve paliza.

El «Packard» salió a la calle, conducido por Chiesa.

Esta vez sí que parecía un paseo sin retorno.

CAPÍTULO XV

El «Packard» sólo recorrió unos trescientos metros. Estaba Doyle medio incorporado, cuando el coche frenó bruscamente.

Volvió Doyle a quedar de bruces contra el asiento.

Bajando, abrió Chiesa una puerta y, al regresar, antes de sentarse, aplicó un manotazo en la nuca del que intentaba de nuevo incorporarse.

El coche entró en otro garaje. Se apeó Chiesa, y cerró la puerta.

Al volver y, abriendo la portezuela, aclaró:

—Antes quisiste saber qué era yo, además de secretario personal de Massera. Te vas a enterar ahora. Éste es el garaje particularísimo, en el cual solamente entramos él y yo. Hay un foso. Con cal viva, no echarás tufillo bajo las planchas.

Vio Doyle la sádica lentitud y complacencia con que Chiesa alargaba el robusto brazo para asirle por la canadiense.

En la otra mano, el «Colt» brillaba lúgubremente.

Y de pronto, la única luz se apagó.

Cabeceando, adelantó Doyle los dos pies juntos, echando hacia atrás el torso.

Quería evitar, así, la primera rociada de plomo.

Oyó un jadeo cercano, un nuevo golpe hueco, y el desplome de un cuerpo. Con todas sus energías, se revolvió en las tinieblas, hasta que su boca rodeó la manija de apertura de la portezuela.

Resbaló sobre la espalda hasta el suelo, en sentido opuesto al que había caído Chiesa.

Oyó una voz cercana en susurro:

—Dustin Kramer, consejero legal de Leo Boldiski.

Siguió Doyle forcejeando, al ver un destello metálico acercarse a su estómago. Un cuchillo.

Cuya hoja fue segando la correa que le unía los antebrazos. Cuando restallaron, cediendo por la presión muscular con que

ayudaba, Doyle adelantó los brazos.

La silueta femenina se alejó.

Al tacto, encontró Doyle la hoja acerada, con la que apresuradamente procedió a cortar la ligazón que trababa sus tobillos.

La luz brotó de nuevo y, al alzar la vista, vio tan sólo la puerta a un lado, cerrándose.

Acabó de liberarse y, al ponerse en pie, dio la vuelta al «Packard».

César Chiesa había recibido la ración certera.

Tenía que ser una mujer muy ágil y veloz la que consiguió apagar, y a la vez asestar aquellos culatazos en pleno cráneo de Chiesa.

Y fuerte.

Porque el recio cráneo de Chiesa se había mellado. Sangraba aparatosamente.

Doyle recogió correas y cuerda. Bastaban para afianzar las muñecas del secretario y chófer particular de Massera.

Empuñó con deleite el «Colt» propiedad de Chiesa, y fue a abrir la puerta del garaje privado de Gene Massera.

Ya cerraría otro, pensó mientras conducía por Bolton Impass. Aquel coche se deslizaba como una seda. Pasó mentalmente lista a las mujeres que podían convertirse en su ángel de la guarda.

No veía ninguna apta para aquel cometido. Y, sin embargo, era una mujer la que le había evitado «no echar tufillo» bajo unas planchas, entre cal viva, en un foso del garaje privado de Gene Massera.

Detuvo el coche, en la pista entre campos de golf al este de la ciudad. Un «Packard» bien provisto. Tenía un botiquín de urgencia para caso de accidentes.

Apartó la manta. El agua oxigenada fue burbujeando sobre la brecha craneana de César Chiesa. Introdujo gasas, que mantuvo en sitio con esparadrapo.

Un rollo generoso de cinta adhesiva. Se adhería bien a la piel de los tobillos. Y a la parte inferior del rostro, sobre los labios.

Chiesa dormitaba, resoplando como una foca asmática por las narices. Lo colocó en forma inamovible.

Sentado en el suelo posterior, con la espalda contra una

portezuela. Rodillas en alto, introducidos los antebrazos entre las piernas. Unidas por el resto del esparadrapo, las manos y los tobillos.

Echó la manta encima. Un hombre que ya no molestaría hasta que no le desprendiesen los metros de esparadrapo.

Condujo hacia el club de gimnasia, baños y restaurante.

Jack Roberts abrió un ojo y, retrocediendo en el catre, se adosó al tabique. Cogió la pelota de tenis.

—Según los informes que me ha bramado el teniente Wilcox, he de telefonar apenas te vea, procurando mantenerte quieto. Por donde te asomas, muertas y tullidos dejan sus huellas, fenómeno. Esta mañana tu última víctima se llamaba Carl Amalfi. Un pobre trabajador que quiso impedirme que violentases a una estupenda contorsionista en su camerino, y tú le estallaste la frente.

—Así se escribe la historia, cuando sólo se oye una campana.

—De acuerdo. Yo lo que me guardé de decirle al teniente era que no solamente te había visto, sino que además te serví de chófer para tu ida al bar Amassera. Me debes dos dólares y medio de taxi, fenómeno.

—Mañana podrás publicar que la cabra siempre tira al monte.

—¿Qué cabra, aparte nosotros dos?

—Gene Massera.

—Le tengo ganas a Gene. Hace años que nadie le puede coger en un fallo.

—Mañana tendrás la chispa escandalosa. Ahora, dime: ¿quién es Dustin Kramer?

Silbó el periodista, meditando unos instantes.

—Coge a un abogado más listo que el hambre, lo trituras con Al Capone redivivo, y obtienes un leve parecido con Dustin Kramer. Intachable, porque emplea su gran talento al servicio del misterioso dueño de la mayor parte de las atracciones nocturnas de Cleveland.

—¿Quién es?

—Leo Boldiski, el viejo polaco invisible. A Dustin Kramer tal vez puedas hablarle. Pero si pretendes ver a Leo Boldiski, olvídale. Aborrece toda clase de publicidad y, sobre todo, les tiene una ojeriza particular a los detectives privados. Más todavía que a los periodistas.

—O sea que Leo anda metido en cualquier negocio turbio...

—Ni hablar. Si colocase Boldiski uno encima de otro los billetes de mil que atesora en su antro, que es una fortaleza intomable, formaría una torre más alta que la Terminal. Le bastan las rentas jugosas de sus numerosos negocios.

—Estará al frente de alguno de sus negocios.

—No está virtualmente al frente de ninguno. Los hace supervisar por Dustin Kramer. Muchos clubs nocturnos son suyos, aunque figure como dueño cualquier otro individuo.

—Todo esto no obsta para que pueda andar metido en algún negocio sucio.

—Un consejo, fenómeno. Te harían falta pruebas aplastantes para acusar de algo a Leo Boldiski. Y no te extravíes por los cerros de la imaginación. De andar metido en negocios turbios, Boldiski sólo tocaría los que producen cientos de millones. Por ejemplo, una guerrita en Centroamérica o una rebelión de cafeteros en el Brasil. Aquí, en Cleveland, se contenta con amasar billetes a montones cada noche, en renta limpia de polvo y paja.

—Entonces, voy bien orientado. Te veré antes de mañana al mediodía. ¿Quieres hacerme un favor?

Redondeando los ojos, Roberts dijo prudentemente:

—Según, y depende de lo que se trate.

—He de coger un taxi. Préstame veinte dólares.

Aliviado, apuntó Roberts hacia su chaqueta:

—Sírvete, sin abusar.

Cogió Doyle la cartera, extrajo dos billetes de diez, y expuso:

—Fuera está un «Packard». Pertenece a Gene Massera.

—El teniente Wilcox brincará de gusto cuando se entere de que, a tus nuevas actividades, añades la de ladrón de coches.

—Tú tienes un garaje particular.

—Sí, pero me tocarían seis meses en «chirona», por encubridor.

—Las grandes firmas de Nueva York te solicitarán. Mañana podrás escribir que tomaste parte activa en desenmascarar a varios negociantes supuestamente honestos. El crimen del año. Cuatro muertos por culpa de un pedazo de ámbar.

—No me interesa ser el número cinco.

—Llevas el «Packard» a tu garaje. Yo tengo prisa por ver a Kramer.

—¿Y qué hago con el coche?

—Lo descargas, y después lo dejas en el aparcamiento frente al cruce Bolton-Jefferson.

—¿Qué he de descargar?

—Un fardo bien liado. Si yo no he recogido el «Packard» antes de las ocho, esta noche, entregas el paquete al teniente Wilcox. No me has visto. Te telefoneé, y no conocías el contenido del paquete ni sabías de qué iba la cosa. Me esperabas.

—He corrido siempre graves riesgos contigo, pero esta vez me parece que me echan de Cleveland, rumbo directo a Sing-Sing.

—Rumbo a la gloria. Las chispas desbordarán, luminosas, del periódico. Infestarás páginas y páginas con el asunto de Hautlenissei, la figura funeraria que mataba... ¿Dónde localizo a Dustin Kramer?

Miró Roberts su reloj.

—A esta hora, en la agencia artística que surte a numerosos clubs. De cinco a seis, si no está en Inter Arts, toma té en el Storky. ¿El fardo es para las pompas fúnebres?

—Vive, y será un testigo de cargo importante.

Suspiró Roberts, aleteando en aplastamientos de la pelota de goma bajo el sobaco.

—Tenue es la sutil gasa que separa la cumbre genial del inicio de la locura estrepitosa. Invoco a Minerva para que nos mantenga a los dos en el justo equilibrio colindante entre los abismos. No quisiera que se confirmase la docta máxima confuciana que automáticamente garantiza un amanecer excrementado al que con infantes pernocta y alterna.

Pero Kit Doyle ya no le escuchaba. Estaba ya instalado en un taxi.

CAPÍTULO XVI

En la agencia Inter Arts informaron que Dustin Kramer acababa de marcharse. En el Storky le indicaron que le pasaban la comunicación al abogado Kramer.

Una voz parsimoniosa manifestó:

—Kramer al habla. Escucho.

—Ignoro si mi fama ha llegado a sus selectos oídos, Kramer. Me llamo Doyle, Kit Doyle.

—¿Qué tal, Doyle?

—Pese a todo, voy sobreviviendo. ¿Puedo verle?

—¿Para qué?

—Creo que es importantísimo para su jefe principal que me conceda una entrevista.

—Esto me dicen muchos. Siento defraudarle, pero mi jefe único y no principal, no recibe a nadie. Nunca.

—A mí, sí, Kramer. Puedo quitarle arenillas a una de las ruedecitas de su colosal maquinaria bien engrasada. Ya sabe lo que pasa con las grandes máquinas. Chirrían a veces, por culpa de una arenilla.

—Consultaré.

—Urge.

—Consultaré. Aguarde en el quiosco húngaro de Maynard. Conduzco un «Rolls» gris plata.

—También es gris mi canadiense.

—Le conozco de vista, Doyle. Hasta ahora.

Diez minutos después un «Rolls-Royce» gris, tapizado en color marfil, se detuvo ante el quiosco húngaro.

Lo conducía un hombre de recias espaldas, grueso cuello, largo rostro pensativo, barbilla saliente y ojos chispeando astucia.

Sentándose junto al volante, comentó Doyle:

—Buen tiempo para pasear en una carroza como ésta.

- Un tiempo excelente. Boldiski consiente en recibirle.
- ¿Cómo he merecido el alto honor de ser recibido?
- Debe tener de usted excelentes referencias especiales.

Contorneó el «Rolls» el barrio húngaro, penetrando en la pista que atravesaba el sector polaco. Se detuvo ante un edificio de modesta apariencia.

—Hemos llegado. Sígame, Doyle.

Seis pisos. Un arco metálico sobre la puerta decía:

HOTEL BOLDISKI

En el vestíbulo, entre dos ascensores, había un mostrador de recepción y una centralita telefónica.

Tanto el conserje como el telefonista y los ascensoristas, poseían la ojeada alerta de un policía y la musculatura de un luchador de *catch*.

El ascensor subió hasta el último piso. Abrió su puerta sobre un rellano desnudo de mobiliario, salvo el sillón en que estaba instalado un coloso.

Apenas asomó Doyle, el coloso efectuó dos acciones rápidas: levantarse ágilmente y, aproximándose, examinar al desconocido de pies a cabeza.

Dustin Kramer hizo un gesto apaciguador. Dijo:

—Aguarde un instante, Doyle. Apropéchelo para entregar su artillería a Zbavo.

Kramer abrió una puerta y desapareció.

Doyle tendió el «Colt» de Chiesa, cogido por el cañón. Preguntó, amable:

—¿Es usted la señorita de guardarropa, Zbavo?

Guardándose el revólver, silabeó gravemente el polaco:

—Je, je.

—Al menos, deme un número para recoger mi prenda.

—Tengo memoria.

—¿Cuándo me devolverá el cacharro?

—Cuando salga usted.

Zbavo lo dijo en un tono que parecía insinuar que no estaba muy seguro de que el visitante saliese indemne.

Asomó Kramer:

—Por aquí, Doyle.

Al entrar, comprobó Kit que la puerta que volvía a cerrar Kramer era de acero, con un pesado barrote de cierre.

Un largo corredor oscuro atravesaba habitaciones abiertas, deshabitadas. Aclaró Kramer:

—Este sexto piso es enteramente de Boldiski.

—¿Y los otros cinco?

—Personal, viajeros, contables... Nómina más o menos fija.

Un amplio vestíbulo, en el que dos individuos jugaban al ajedrez.

Ironizó Doyle:

—¿Visitas?

—Personal de máxima confianza comprobada.

Abrió Kramer otra puerta, también de acero. Una habitación enorme, de paredes recubiertas por estanterías, archivadores, anuarios, listines telefónicos, voluminosas carpetas...

Un gran cofre fuerte cerrado.

Al fondo de la estancia, tras una mesa recubierta de papeles y con varios dictáfonos y teléfonos, había un hombre sentado.

Parecía una tortuga momificada. Nariz ganchuda, mejillas apergaminadas, y pesados párpados sobre ojos azules penetrantes.

No llevaba chaqueta. Ni cuello en la camisa, que se cerraba con tres gruesos diamantes.

Completamente calvo, Leo Boldiski tenía, en su despacho, cuatro radiadores desparramando calor.

—Éste es Kit Doyle, Leo —presentó Kramer.

—Siéntate, Dustin. Y usted también.

Una voz sonora, honda, de bajo.

—O sea que ya conoce usted a mi consejero, Doyle.

—Hemos venido juntos, pero todavía no le conozco.

—Usted es detective privado. Entrometidos chismosos todos ellos, por lo general. Debiste decirle que no me gustan los detectives, Dustin.

—A mí tampoco me gustan los multimillonarios —sonrió Doyle —, pero es por pura envidia.

Cruzado de brazos, Dustin Kramer parecía pensar en otras cosas. Solicitó:

—Concrete, Doyle.

—Si yo fuese un Creso de las Mil y Una empresas de Cleveland,

no consentiría que me engañasen, Boldiski.

—Y haría bien. Pero usted no es más que un chismoso entrometido.

—De acuerdo, Leo. Pero si uno de sus gerentes organiza un chanchullo espantoso, después habrá malas lenguas, que babearán sobre su fama de financiero.

Leo Boldiski pareció aprobar en pesado parpadeo. Dijo Kramer:

—Vale más de lo que aparenta, Leo. Parece un mozo impertinente, pero vale. Se dio cuenta.

—Algo tarde, pero me di cuenta a tiempo, antes de que les diese resultado un tercer paseo. El primero me lo quiso dar Bruno. El segundo, Chiesa. Me salvé por un pelo. Femenino. Concretando: me di cuenta de que, por su propia iniciativa, Gene Massera había hecho un gran chanchullo. No sé cuál, pero al verme sobre la pista, perdió el dominio y empezó a dar órdenes de matanza general de cuántos podían relacionarle con una figurilla de ámbar que he escondido en la crin de mí «Lincoln», asiento posterior, esquinado, donde sólo yo la encontraré. «Lincoln» precintado por la policía. La figura de ámbar pasó de manos de Stela a Bess, y ésta arañó el sitio en que la había escondido.

—Interesante historieta. ¿En qué me atañe? —inquirió Boldiski.

—Pueden suponer que Massera armó el chanchullo a sabiendas tuyas, Leo. Usted demostraría que no, pero siempre son molestias.

—El chico vela por tu buena fama, Leo —dijo Kramer gravemente.

Rió Doyle.

—Por mí, me tiene sin cuidado que le inunden de improperios, Leo. Pero puedo conseguir demostrar que yo no maté a Carl Amalfi, aunque le soplé un par de culatazos en el estómago, en justo pago de deuda. Y de carambola, relucirá de nuevo lo ya sabido. Que usted no interviene ya en chanchullos de un mísero millón.

—¿Por qué esta cantidad? —indagó Kramer.

—Así me valoró, muerto, Gene Massera. Dijo que vivo no valía yo mucho. Podemos demostrarle que sí.

—¿Podemos, quiénes?

—Usted y yo, Kramer. Convóquele a que le explique por qué Amalfi organizó una comedia truculenta anoche. Del resto me ocupo yo.

Boldiski señaló con un dedo pecoso un teléfono. Kramer marcó unos números. Añadió Doyle:

—Hay joyas por medio. Adquiridas misteriosamente. Yo le haré explicarse a Massera, con su asistencia legal, Kramer.

Asintió el abogado, a la vez que decía:

—Kramer al habla. El dueño, al instante.

Tapó la boquilla, y expuso:

—Tienes ya demasiados enemigos, Leo, y el chanchullo de Massera interesa ponerlo bien en claro.

Parpadeó, asintiendo, el polaco. Apartó Kramer la mano y dijo:

—Garvin y Amalfi han muerto en circunstancias que conviene aclarar, Massera. He recogido su «Packard» con el cadáver de Chiesa. Le espero en mi despacho del hotel.

Colgó. Asombrado, dijo Doyle:

—Yo no le he hablado del «Packard» ni que estuviera muerto Chiesa.

—Pero si figura como muerto, podrá Massera mentir mejor. En cuanto al «Packard» y lo que sucedió, no es milagroso. Hace algún tiempo que determinados manejos de Massera no me gustaban. Hice contratar a Nela Gregor, alias Romana, para que observase de cerca a la pandilla de Massera. Al morir Stela Todd y Bess Gordon, Gene Massera sobornó a Nela, por considerarla la mujer más bonita e inteligente de su personal.

—Doy fe.

—La escogí yo. Massera le dijo ayer tarde a Nela que, de un momento a otro, un detective entrometido llamado Doyle visitaría el local. Ella tenía que atraerlo y sonsacarlo.

—Me atrajo de lleno, pero me sonsacó sólo lo que quise.

Intervino Boldiski:

—Lo discutís en tu despacho, Dustin. Adiós, Doyle.

—Abur, Leo.

Llegaba Doyle a la puerta cuando se detuvo como si un rayo acabara de caerle ante los pies.

La voz sonora, de bajo, decía:

—Le das un cheque por veinticinco mil, Dustin. Este chico es sincero, listo, y, salvo morir joven, hará carrera.

Volviéndose, Doyle hizo un amplio saludo.

—Gracias, mecenas. Con veinticinco mil dólares puedo instalar

una granja en el sur de California, lejos de nieblas. ¿Por qué tan generoso conmigo, Leo?

Leo Boldiski sonrió. Pero su diestra aventó, como apartando una mosca.

—A ordeñar vacas, granjero Doyle.

Lanzó Doyle un beso en dirección al viejo polaco, arrugado y calvo.

Fuera, cogió por un codo al abogado Kramer.

—Oiga, no sabía que su jefe fuera tan espléndido.

—No lo es. Pero su primer dinero lo ganó como detective privado en Londres. Dicen que era insolente, descarado y listo. Como usted. Pasemos a mi despacho. Piso primero. Usted, en la habitación contigua. Hasta que le cite.

CAPÍTULO XVII

Gene Massera se instaló en el sillón que le señalaba Kramer.

—En dos días demasiado movimiento, Massera. Y un detective importunando con historias. He tenido que amenazarle con hacerlo expulsar de la ciudad. Vino con su «Packard» y el cadáver de Chiesa. ¿Qué es todo esto?

—Garvin, Amalfi y Chiesa formaron un terceto, sin que yo lo supiese. Parece ser que le robaron unas joyas a Stela Todd, y se enteró Bess Gordon. Seguía la pista Doyle, y le advertí que pusiera el asunto en manos de la policía. Chiesa se enfadó, y se llevó a Doyle. Tengo por costumbre dejar que sus asuntos privados los resuelvan ellos, mientras no perjudiquen al establecimiento.

—En cierta ocasión le advertí que a Boldiski le disgustan los embustes.

Gene Massera se irguió, ofendido.

—Cuanto haya podido contarle Doyle es propio de su justa mala fama. No me extrañaría que hasta pretendiese un chantaje contra Boldiski.

—Procuraré evitar tal contingencia. ¿Le encomendó usted algún trabajo, fuera de tablas, a Nela Gregor?

—Sí. Que se ganase la confianza de Doyle.

—¿Cómo?

—Fingiendo ayudarle en contra de Amalfi, al que incité a echar fuera a Doyle.

—¿Con qué propósito?

—Para averiguar qué se traían entre cejas Garvin, Amalfi y Chiesa.

—Tres muertos que ya no pueden atestiguar. Adelante, Kit.

Gene Massera, al ver aparecer a Doyle, se llevó rápidamente la diestra al sobaco. Pero cuando estaba medio incorporado, Doyle le había ya colocado el puño en directo sobre la nuez.

Se encogió Massera, y Doyle le retorció el brazo derecho tras la espalda. Empleó la diestra en gancho bajo la barbilla. Gene Massera se irguió, para volver a quedarse sentado, medio *groggy*.

—Señores, señores... —reprochó, sonriente, Kramer—. No debo tolerar violencias en mi despacho.

Sacudiendo la cabeza, Gene Massera recobró la plena noción. Vio que su pistola, entregada por Doyle al abogado, la guardaba éste en un cajón. Y vio también a su lado al detective, en postura que no dejaba lugar a dudas.

Dustin Kramer habló sentenciosamente:

—El señor Boldiski, dueño de las tres cuartas partes de la propiedad del inmueble y establecimiento conocido por bar Amassera, tiene también excelentes motivos para creer que se dedicó usted a actividades incompatibles con la administración de los intereses antes citados. Actividades que podrían provocar serias dificultades legales.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiere decir que has inducido a Amalfi a matar a Stela y Bess. Que indujiste a Chiesa a pegarle tres culatazos en la frente a Amalfi. Que enviaste a Bruno y a Chiesa a liquidarme. Que, con la complicidad de Alec Ralston, has estado «lavando» por debajo del mostrador una serie de piedras preciosas.

Massera miró a Kramer, que dijo:

—Boldiski le ha tachado de la nómina, Massera. Rota definitivamente toda asociación.

Gene Massera se pasó el índice entre el cuello de la camisa y la piel. Dijo:

—Persisto en afirmar que fue una faena entre Garvin, Amalfi y Chiesa.

—César dice que no, Gene. Le interrogué a modo, y se ablandó.

—Chiesa intentará culparme, como es lógico.

Afirmó Kramer:

—Me temo, Massera, que, salvo una leve transigencia por mi parte, y velando por el buen nombre de Boldiski, si usted persiste en mentir, pagaremos al mejor fiscal de la ciudad para que le consiga tres penas de muerte.

—Con una bastará —sonrió Doyle.

Apuntó Massera con el pulgar hacia Doyle. Explicó Kramer:

—He extendido un cheque por veinticinco mil a favor de Doyle. Acepta abandonar el caso, y permitir que usted y Chiesa abandonen el estado. A condición de que verbalmente me exponga el chanchullo, que luego firmará y escribirá. Una precaución para el futuro. Mutua. No me interesa que sea usted procesado. Explíqueme el asunto.

Gene Massera se soltó el nudo de la corbata, extrajo su tabaquera y encendió un habano. Mordisqueándolo, expuso:

—Alec Ralston vino a contarme que una cliente suya tenía la caprichosa manía de guardar todas sus joyas en una urna, rematada por una figura hindú de ámbar. Sólo en piedras preciosas, sin contar la montura, había por valor de un millón, que Ralston podía ir colocando a sus clientes con nuevas monturas. Encomendé a Chiesa que recogiese la urna.

—¿Pidiéndosela, por favor, a la dueña?

—El muy imbécil, al verse sorprendido por Myriam Hazel, la golpeó con la propia urna cerrada. Rompió la estatua hindú, que era el asidero.

—Y de paso, la cabeza de la solitaria señora Hazel —opinó Doyle—. Todavía sigue la policía indagando quién la mató.

—Sigue siendo un secreto entre nosotros, señores —dijo Kramer, afable.

—Chiesa trajo la urna, y dejó la figura hindú en el coche. Me entregó la urna, y le pedí el resto de la pieza. Fue al coche, y encontró a faltar la figurilla. Hizo averiguaciones, y supo que Stela Todd, algo embriagada, saliendo del local, entró en el «Packard» por confusión. Vio el ámbar y lo recogió.

Mordió nerviosamente su apagado habano, antes de proseguir:

—Encomendé a Garvin que gestionase la adquisición del ámbar. Pero Stela al despertar, vio que la figurilla que guardaba en su bolso, tenía sangre en la rota base. Cuando Garvin fue a visitarla, dijo ella que no se desprendería de Hautlenissei, a menos que le pagasen diez mil. Dijo Garvin que lo pensaría, consultando a sus socios. Y cuando Amalfi se presentó, ella pidió veinte mil. Por la noche, Garvin la vio hablando con éste.

El pulgar de Massera apuntó a Doyle.

—Y planeaste cargarme el mochuelo. Amalfi, telefoneando que traía los veinte mil a la infeliz, mientras Garvin estaba conmigo.

Pero no encontró el ámbar.

—Stela se lo había entregado a Bess Gordon, sin explicarle nada. Para que se lo guardase, por si le sucedía algo. Al visitarla éste...

—Garvin me lleva a dar un paseo. Y, mientras, Amalfi se carga a Bess. ¿Quién les dio la llave?

—Bess era muy amiga de Alec Ralston, que fue el que facilitó la llave a Garvin y a Amalfi. Estaba vigilada, por su amistad con Stela. Y Ralston estaba citado con Bess ayer tarde a las cinco. Volvió con ella, y la mató, al darse cuenta de que sospechaba de mí.

—Y ya entonces no tenía ningún valor la figurilla. ¿Quién aporreó en la frente a Amalfi?

—Chiesa. Es de toda mi confianza, y muertos Garvin y Amalfi...

—Ya basta —atajó Kramer, apretando un botón—. No es necesario consumir más cinta magnetofónica. Reaccionó tal como usted dijo, Doyle. Pensando que sólo hablando y firmando ante nosotros dos, podría luego someter a Boldiski y a mí, desde lejos, a chantaje. Ya puede recogerlo el teniente Wilcox...

Sonriente, terminó Kramer:

—Señores, señores, no debería tolerar violencias en mi despacho.

Pero Doyle tenía que desquitarse, y lo hizo con creces.

Gruñendo, Barry Wilcox estuvo de acuerdo en todo.

Y solamente al final consintió pasar a las cosas privadas.

—Oiga, viejo, ¿ya sabe que Joan está formidable... en su casa?

—Esta mañana dedicó horas a probarse juegos interiores de color negro con encajes, sin encajes, *desliabillées* a lo *Frenchoh*, *la, la*, porque sabe que todo eso te despepita. Pero como Farnum solamente se casará con un hombre sólido, con fundamentos firmes, yo mismo voy a acompañarte a la estación que elijas. ¿Canadá? ¿California?

—Soy un hombre sólido, con un firme fundamento. Una granja en California.

—Pues a ello, pollo. Te acompaño yo mismo a la estación. Cobras el cheque en un Banco, por transferencia.

Tendió Doyle el cheque.

—Lo cobra usted, viejo. No hay granja, si no me llevo a Joan. Y si ella no hace de mí un esposo de primera, queda usted autorizado

a perseguirme a tiros hasta la frontera.

—De acuerdo. Mañana a las once cuarenta, ante el juez Mulliner. Yo, de testigo de boda. Y si hay quejas, y Farnum quiere devolver el material, por inservible, te romperé la cresta, pollo.

Pero los *ohlala* lucidos por Joan Farnum, habían barrido definitivamente con guapazas y ricuras por horas.

Ella era la número uno en todo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] *Cleveland*, la ciudad más industrial de Ohio, tiene un tanto por ciento elevado de italianos, húngaros, polacos y eslavos. Posee un Teatro de las Naciones que cada noche dedica un programa a una de las treinta razas que poblan la ciudad. < <